

278

# LA PROTESTA

PORTE SUPLEMENTO QUINCENAL  
PAGO

Año VII  
Número 278

BUENOS AIRES, FEBRERO 16 DE 1928

El ejemplar  
20 Cts.



*Cuadro de Balushek.*

## Sin trabajo

### Sumario de este número:

**LUIGI FABBRI:** La idea de progreso y la anarquía. — **RUDOLF ROCKER:** La racionalización en otras industrias alemanas. — **PEDRO GORI:** La cuestión social y los anarquistas. — **MAX NETTLAN:** Cartas inéditas de Pedro Kropotkin a James Guillaume sobre las tierras comunales (revolución francesa), escritas en junio y julio de 1911. — **Marx y Proudhon.** — **R. MELLA:** La nueva utopía. — **DIAGORAS DE RODAS:** Síntesis histórica del comercio. La esclavitud y la explotación. — **JEAN GRAVE:** Hay paquetes y paquetes. — Calendario subversivo. — **Guilda de amigos del libro.** — **Bibliografía**



LUIGI FABBRI

## LA IDEA DE PROGRESO Y LA ANARQUIA

"La teoría del progreso — solía decir P. J. Proudhon — es el ferrocarril de la libertad". Expresión un poco banal, si se quiere, pero que expresa bastante bien el concepto que el avance de la libertad, es decir su continuo triunfo sobre la autoridad, procede sobre la línea del progreso humano en cuanto toda conquista del progreso sirve o puede servir de medio a la libertad, y el avance de ésta es también por sí mismo un progreso.

Los anarquistas son más absolutos aun, y sostienen que el verdadero progreso consiste en el triunfo de la libertad, en el hecho de hacerse ésta cada vez más completa y real, en su expansionamiento sobre un dominio cada día más vasto de la actividad social y humana, en la extensión como ejercicio y hábito a un número cada vez mayor de individuos. El anarquismo viene a ser, en cierto modo, él mismo una "teoría del progreso" sobre el cual funda su razón de ser como idea y como movimiento. Tendiendo el anarquismo a una limitación y a una disminución cada vez mayor de la autoridad en las relaciones sociales, hace consistir el progreso justamente en el aumento continuo de la libertad para todos los individuos indistintamente que componen la sociedad humana.

No es posible establecer sobre esto una teoría general y absoluta, aceptable por todos y buena para todos. La "teoría del progreso" que se basa sobre la idea de la libertad no puede ser aceptada más que por aquellos que aman, desean, sienten la libertad como una necesidad tan prepotente como la del pan y la del amor, y no por los siervos voluntarios que están contentos en la renuncia y en la obediencia continua.

En realidad nosotros no podemos saber con certidumbre si la humanidad está destinada siempre a progresar, o si más bien la historia es una alternación continua de regresiones y de progresos. Ambas hipótesis pueden ser sostenidas razonablemente; sabemos de grandes civilizaciones desaparecidas (de las cuales nos hablaba Eliseo Reclus en su estudio sobre la evolución y la revolución, a que nos hemos referido en otra ocasión), cuyo esplendor nos parece hoy mismo inaudito, y cómo sobre sus ruinas ha dominado por largos años la barbarie más absoluta, de la cual se ha desarrollado con mucho trabajo más tarde un nuevo progreso.

Por otra parte, se podría decir que el progreso humano está en continuo aumento, no en consideración a sus triunfos o a sus derrotas en naciones o razas particulares, sino examinando el fenómeno desde un punto de vista general, universal. Por mucho que la civilización china, la hindú, la asiria, la egipcia, la griega, etc., nos aparezcan hoy grandes y soberbias, las civilizaciones modernas europea y americana nos parecen innegablemente de un grado muy superior, a pesar de los signos de decadencia que se descubren en ellas, y aunque hayan traicionado casi todas las esperanzas que se pusieron en ellas en

su comienzo o en el período de su mayor esplendor.

Una disquisición histórica sobre todo esto nos interesaría mediocrementemente. Lo que es cierto es que nosotros queremos progresar y nos convencemos cada vez más de que un progreso independiente de la voluntad humana, de la voluntad nuestra, no existe. Los artifices de nuestro destino, como hombres, somos nosotros mismos; y si nuestra voluntad de progresar se debilita, si renunciamos a ser nosotros mismos los factores voluntarios de la historia, es más que probable que el progreso, en el sentido que nosotros lo concebimos, se detendría, que el regreso adquiriría el predominio y que volveríamos a caer en una nueva barbarie.

El anarquismo es una teoría del progreso, en el sentido que nosotros queremos progresar hacia una libertad cada vez mayor, a la cual veríamos corresponder una elevación humana cada vez mayor. Moralmente, una sociedad perfecta, en el sentido relativo de la palabra "perfección" que es concebible en toda cosa humana, nos parece aquella en que los hombres hayan aprendido a vivir bien sin autoridad, es decir a satisfacer todas las propias necesidades materiales y espirituales, con satisfacción de todos, por una actividad voluntaria y espontánea, sin ser obligados a ello por coerciones de los unos sobre los otros. Por eso la teoría anarquista del progreso, con fines determinados en el sentido de la libertad, nos parece la más justa, la que más responde a las necesidades materiales y morales de la humanidad, no importa la hipótesis histórica que se crea más aceptable sobre el progreso.

Hegel llamó a la libertad "fin y objeto del desarrollo histórico"; veía el progreso en el progreso de la libertad, no obstante que, como medio de progreso y como vía para conquistar la libertad exaltó el principio de autoridad hasta el punto que casi todos los actuales teóricos autoritarios se refieren a las teorías hegelianas.

Pero la cuestión de los medios es subordinada. El mismo desarrollo histórico, desde los tiempos de Hegel hasta nuestros días, se ha encargado de demostrar cuán terrible ha sido la ilusión de ir hacia la libertad por los caminos de la autoridad. Todas las revoluciones, todos los movimientos políticos y sociales, desde el día siguiente de la revolución francesa a la revolución rusa, aunque estallaron y surgieron animados por la idea de libertad, después de un período más o menos largo de experimentos y de tentativas, han culminado todos en el restablecimiento de una tiranía, en la negación más estridente de la libertad. Pero todo eso no significa que la conquista de la libertad sea menos la característica, el índice y al mismo tiempo el objetivo del progreso humano.

"Una sociedad ha progresado tanto más — escribía A. Loria en 1911 (Rivista italiana di sociologia, fasc. V. di settembre-ottobre 1911, pág. 543) — cuanto más variado es el conjunto de los fenómenos, de las relaciones, de los entrecruzamientos, de las instituciones, de las compensaciones sociales, cuanto más numerosas, frecuentes, múltiples son las relaciones de solidaridad, de amistad, de lucha, de convivencia, de disfrute, de exaltación, de educación que se forman entre los hombres coligados". Pero ¿cómo es concebible una sociedad con tal multiplicidad y variedad de relaciones sin la libertad? ¿sin la libertad individual de todos los individuos? ¿sin la libertad de todos los grupos humanos nacionales y sociales, es decir, sin la libertad de los pueblos, de todos los pueblos? Y cuando E. Morselli pensaba en el hombre evolucionado del porvenir que "diseminado por toda la tierra, hará caer las barreras entre los pueblos, asociándolos en grupos federados de conformidad con su extensión natural, por su parentesco étnico, por su afinidad histórica y por una libre elección" (idem, idem, pág. 528) no habría podido prescindir de la "libertad de elección" para todos los individuos, en las propias relaciones en el seno de la organización social, sin hacer caer todo el resto, sin hacer imposible el hombre evolucionado y la sociedad progresada que desea.

Progreso no significa solamente caminar, ir hacia adelante por el impulso automático de la propia fuerza o de las fuerzas exteriores, eso no es más que un progreso parcial, a menudo sólo aparente y siempre incierto y aleatorio. El verdadero progreso consiste en el camino que se ha elegido voluntariamente, consciente, inteligente y libremente hacia un fin superior en que adivinamos nuestro bien.

Tal es la opinión de un estudioso, de ideas anarquistas, muerto en 1888, demasiado pronto por lo que habría podido dar aún a la ciencia y a la causa de la libertad, — León Metchnikoff — el cual veía en la "cooperación" la característica principal de la vida social, y en la evolución cada vez más voluntaria y libre de la cooperación el avance del progreso humano. "El progreso social (según él) está en razón inversa de la coerción que se despliega en él, de la constricción o autoridad, y en razón directa de la función ejercida por la voluntad, por la libertad, por la anarquía. Proudhon, por lo demás, con su lenguaje absolutista y metafísico, lo había demostrado" *La Civilization et les grands fleuves historiques*, Ed. Hachette, París, 1889, pág. 28.).

De Metchnikoff, injustamente olvidado por mucho tiempo, no hace mucho que Luigi Galleani, en su último libro "*La fine dell'anarchismo?*", reproducía una concepción anarquista del progreso que nos parece notable y característica. No será inútil repetirla para aquellos, especialmente los no italianos, que no tendrán fácilmente bajo los ojos el trabajo de Galleani y menos aun el de Metchnikoff, que se ha vuelto inencontrable.

"En la naturaleza, en la serie biológica, la libertad puede servir de medida al progreso del vínculo social...

"En el período inferior tenemos agrupaciones "impuestas", basadas sobre la coerción, colonias rudimentarias de células unidas por ligámenes externos, mecánicos.

En el período intermedio tenemos agrupaciones

"subordinadas", basadas en la diferenciación, en una división del trabajo cada vez más especializada e íntima.

En el período superior tenemos agrupaciones "coordinadas", basadas en las inclinaciones personales y en la comunión cada vez más consciente de los intereses".

En la historia humana, siempre según Metchnikoff, el progreso se manifiesta como una transformación de las relaciones sociales en el mismo sentido anotado por la serie biológica: "sube de la coerción a la anarquía, de la solidaridad impuesta a la solidaridad querida".

[En el campo histórico tenemos fenómenos correspondientes a las tres fases ascendentes ya comprobadas para las transformaciones de la evolución orgánica.

"1. Agrupaciones impuestas: los despotismos orientales, las sociedades vinculadas por la coerción, el sometimiento de todos a un representante simbólico y viviente de la fatalidad cósmica, de la fuerza divinizada.

2. Agrupaciones subordinadas, correspondientes a la época de las federaciones oligárquicas feudales, de la diferenciación por obra de las luchas armadas o de la concurrencia económica.

3. Grupos coordinados, período que apenas se ha iniciado y que pertenece al porvenir, pero del cual las primeras palabras han sido: Libertad, negación de toda coerción; igualdad, negación de toda diferenciación social o política; fraternidad, coordinación solidaria de las fuerzas individuales, que sustituyó a la lucha, a la desunión determinada por la concurrencia vital".

Decir, como nosotros decíamos, que el verdadero y real progreso humano depende en gran parte, si no en todo, de la voluntad de progresar de los hombres, que éstos progresan más en aquellos campos en que aplican la propia actividad, y que, en fin, el debilitamiento de la voluntad se traduce en regresión, cuanto más la atonía y la servil adaptación al ambiente, a la tradición y a los hábitos del pasado arraigan, no significa de ningún modo escepticismo o pesimismo sobre la posibilidad del progreso en general.

Tiempo atrás, desde antes de 1914, se había puesto de moda el escepticismo y el pesimismo sobre los progresos de la civilización. También ciertos escritores revolucionarios, especialmente sindicalistas (por ejemplo, Sorel) se dejaban ir por el disgusto que les inspiraban las degeneraciones de la civilización burguesa y capitalista, a requisitorias furiosas contra la idea de progreso. Su actitud no en vano coincidía con aquel "frondeur" rebelde e intelectual al mismo tiempo de algunos escritores realmente retrógrados, que negaban el progreso simplemente porque éste se había realizado contra ellos y contra sus ideas y tendencias.

Así se llegó por alguno, aunque no fuese más que por estetismo o por amor al contraste, a escribir panegíricos del nacionalismo, del catolicismo, del militarismo. Fue una verdadera y propia degeneración, de pequeñas minorías, es verdad, pero que sin embargo sirvió para preparar el terreno, para justificarlas por lo menos, a las degeneraciones y a las traiciones que se tuvieron que deplorar en los ambientes intelectuales más



avanzados, proletarios y revolucionarios, al estallido de la guerra y en el período revolucionario de la post-guerra. El escepticismo y el pesimismo sirvieron de pasaporte a muchos renegamientos. El propio fascismo, en su comienzo, se ligó con más de un hilo intelectual o pseudo-intelectual a aquellas degeneraciones, que un tiempo parecían privadas de importancia (recuerdo, entre otras cosas, haber leído en el diario burgués *Il Resto del Carlino* de Bolonia algún artículo de G. So rel, poco antes de su muerte, más bien simpático al fascismo).

Y bien, aquel escepticismo, aquel pesimismo eran algo falso. Quien lo ostentaba, negando el progreso, en realidad no daba pruebas de falta de fe, sino de que en él había muerto o estaba moribunda la voluntad de progresar y trabajar por el progreso. Fe, cuando no se da a esta palabra el significado de las religiones reveladas tradicionales, quiere decir voluntad, y, por tanto, espíritu de acción y de rebelión. Cuando ésta falta, falta también la fe en sí mismo, y, por tanto, la voluntad: he aquí la negación del progreso.

El disgusto por la degeneración de la civilización, que no es ya progreso, sino regreso, que se determina en la fase descendente del período histórico caracterizado por la dominación del capitalismo, es más que explicable y justificado. Todos nosotros lo sentimos. No vamos aquí a rehacer el proceso, hecho ya mil veces, a las torpezas en que la clase dominante, la burguesía, está hoy metida hasta los ojos. Y no sólo esto, sino que estamos también de acuerdo en negar mucho valor a los que sin embargo la actual sociedad civilizada cree poder atribuir a su mayor gloria.

En gran parte, los apologistas de la civilización moderna, — lo hemos notado ya otra vez — hacen consistir ésta en los progresos de la industria, de la mecánica y de la locomoción; o bien si se tiene en cuenta la política, la generalización de las formas democráticas de gobierno, la mayor participación en éste de las clases que en otro tiempo estaban excluidas; y si, en cambio, se pone uno a examinar las condiciones económicas de la sociedad, se encuentra motivo para alegrarse de la mayor producción de riqueza y de una mayor participación en ella de las clases menos acomodadas.

Todos estos "progresos", tan elevados a las estrellas hasta hace poco, eran menos reales y consistentes de lo que se creyó un tiempo. Lo que ha ocurrido en el mundo desde 1914 en adelante lo demuestra exuberantemente. Se ha visto que en realidad ciertas ramas de la industria no tienen ninguna eficacia y no aportan ninguna ventaja real a las más vastas aglomeraciones humanas; a veces les perjudican evidentemente. Hemos citado el ejemplo de los "progresos" en el arte de la guerra. Lo mismo puede decirse de la producción tan desarrollada de una cantidad de objetos de lujo, sin utilidad real y desprovistos de toda verdadera belleza, los cuales responden sólo a necesidades artificiales y hasta malsanas, elaborados y creados con el exclusivo propósito de especular con ellos: deporte, modas, fábricas de las diversas y envenenadoras bebidas alcohólicas, etc.

La democracia, si por la necesidad misma de basarse en el número ha debido limitar la autoridad gubernativa, — y en este sentido fué un tiempo un progreso sobre las viejas formas auto-

cráticas, — ha difundido sin embargo igualmente la corrupción que implica el ejercicio de la autoridad. Los tiranos han aumentado enormemente en número, aunque sean menos tiránicos que un tiempo; y eso extingue el espíritu de revuelta, haciendo aceptar el yugo con más mansedumbre, no tanto porque es menos gravoso cuanto porque cada cual tiene la ilusión de que es más liviano sólo por el hecho de habérselo creado uno mismo.

Y la ilusión más peligrosa de todas, creada por el reformismo socialista — que alcanzó en los primeros tiempos del siglo casi el límite extremo de su triunfo, — está en creer que las clases acomodadas tienen un beneficio real y duradero en el aumento de la producción y en el aumento de los salarios para los trabajadores, mientras que el beneficio real no es nunca más que transitorio y para una sola minoría de ellos, y efectivo, además de mayor, resulta sólo para las clases explotadoras; las cuales incluso cuando tienen el aire de hacer concesiones no hacen más que una especulación, y hacen más segura, normal y regular, la explotación de la clase obrera.

Todas estas cosas las han dicho los anarquistas desde hace casi cincuenta años antes de la guerra y los retornos reaccionarios y de aumento de la miseria de la post-guerra las demostraron verdaderas con el fracaso directo o indirecto de todas las democracias y con el anulamiento de gran parte, y en algún lugar (como Italia) de todas las conquistas de bienestar y de mejoramiento material que las clases acomodadas habían hecho en los veinte o treinta años precedentes. Evidentemente el progreso que habían significado tales conquistas, hoy aparece casi del todo destruido.

Pero todas estas consideraciones y comprobaciones no bastan para hacernos negar el real progreso, desde un amplio punto de vista humano, que la civilización burguesa representa, incluso en interés de las clases trabajadoras, sobre las civilizaciones precedentes medioevales, feudales, eclesiásticas y aristocráticas.

Nadie podría razonablemente sostener que las condiciones políticas, económicas y morales de la mayoría de los hombres eran mejores antes de 1789 que hoy, — como nadie se atrevería todavía a decir que los gobiernos, por odiosos que sean, democráticos, constitucionales y plutocráticos de Europa y de América son más intolerantes que la horrible autocracia rusa precipitada hace diez años.

No está excluido, si los pueblos trabajadores de Europa no detienen su curso, que la reacción, que hoy se manifiesta sólo bajo las formas del fascismo, pueda sobrepasar todo límite y hacer realmente lamentar un día, no ya la autocracia rusa, la misma inquisición romana y las tiranías feudales de la edad media. Pero es preciso convenir que por fortuna no hemos llegado aún a ese punto.

Incluso en los países donde, como Italia, las condiciones políticas generales parecen haber dado un salto atrás de cincuenta años, gran parte de la regresión es solamente aparente, en el aparato político exterior, en los sufrimientos y en los dolores del pueblo. Pero estos mismos sufrimientos y dolores, insostenibles hoy para grandes ma-

sas mientras hace cincuenta años lo eran sólo para una pequeña e insignificante minoría, y el resto de la población no lo advertía siquiera, son un índice de progreso. Si se sufre por la opresión eso significa que la dignidad y la libertad humanas han adquirido un mayor valor para un número bastante más considerable de hombres, y que los frutos morales de medio siglo de movimientos y de esfuerzos de la clase trabajadora y de los pueblos por el bienestar y la libertad no están perdidos como aparecen perdidos los frutos materiales y políticos.

Gran parte del progreso adquirido, en suma, nos queda. Pero debemos persuadirnos de que no lo conservaremos sino a condición de quererlo defender a todo precio, y no lo defenderemos en realidad si no nos esforzamos con todas nuestras energías por aumentarlo en cantidad y en extensión, por hacerlo avanzar aún. Su ascensión puede parecernos escasa e insuficiente a causa de nuestra incontentabilidad; pero es precisamente en razón de esta nuestra incontentabilidad que el progreso se produce.

En los países democráticos, por ejemplo, por grandes que puedan ser objetivamente consideradas las ventajas conquistadas por la revolución del 89 y por las sucesivas, ya no tienen importancia para nosotros, pues sentimos mucho más la falta de las que debemos tener aun que el beneficio de las que hemos adquirido ya. Y esto independientemente del hecho que este beneficio está siempre en gran parte limitado a las apariencias, y por lo que tiene de real tiene un valor para una minoría de la sociedad, y para una minoría más pequeña aun de trabajadores, — la mayoría de los cuales es mantenida por la miseria en condiciones políticas de opresión que poco o nada se diferencian de los antiguos regímenes. Y se trata siempre, incluso para los que consiguen usufructuarlo, de un beneficio inseguro, sujeto a la arbitrariedad de las clases dirigentes, y siempre en peligro de perderse.

El progreso querido por los anarquistas, al cual quieren contribuir, es muy distinto, más substancial, y más elevado que el alcanzado hasta aquí, siempre con la ayuda del pueblo y a costa de éste, pero en beneficio exclusivo de pequeñas minorías. No desdeñan, naturalmente, el desarrollo de la producción y de todos los medios para vivir en mejores condiciones, pero eso lo subordinan a un criterio de justicia, es decir que asegure la satisfacción de la mayor suma de necesidades a todos los hombres sin excepción.

Servirán magníficamente a tal fin las maravillosas conquistas de la mecánica, de la electricidad, de la radiotelegrafía y de todas las ciencias exactas aplicadas, cuando estén a disposición de todos. Pero un valor mucho mayor lo tendrán los progresos morales y educativos, que son aquellos que podrán principalmente poner a los hombres — como individuos y como miembros de la sociedad, — en condición de gobernarse por sí y de gozar íntegramente de toda su libertad.

La idea de progreso se identifica con la idea de libertad, con la anarquía.

"Yo dije en 1840 — escribía P. J. Proudhon en las cárceles de Santa Pelagia de París en 1851, en la víspera del golpe de Estado de Napoleón el pequeño — una profesión de fe política, notable por el laconismo y la energía: Yo soy anarquista; y con esta palabra expresaba la negación, o me-

yor la insuficiencia del principio de autoridad. Es decir, como he demostrado más tarde, que la noción de autoridad no es como toda noción de un ser absoluto más que una concepción analítica, impotente, de cualquier parte que se haga surgir la autoridad y de cualquier manera que se ejercite, para darnos una constitución social. La autoridad, la política, las sustituya yo por la economía, idea sintética y positiva, única capaz, según mi opinión, de conducir a una concepción racional y práctica del orden social.

"Yo no hacía más que adoptar con eso la tesis de Saint-Simon... que consiste en decir, según la historia y vista la incompatibilidad entre las ideas de autoridad y las de progreso, que la sociedad está en camino de realizar por última vez el ciclo gubernamental; que la razón pública ha adquirido la certidumbre de la impotencia de la política en lo que concierne al mejoramiento de la suerte de las masas; que a la preponderancia de las ideas de poder y de autoridad ha comenzado a suceder, en la opinión, como en la historia, la preponderancia de las ideas de trabajo y de intercambio; que la consecuencia de eso es la sustitución del mecanismo de los poderes políticos por la organización de las fuerzas económicas, etcétera... Si en mis deducciones he sido lógico, puedo concluir que, como pienso, la idea de progreso, que es sinónimo de libertad, conduce hasta allí". (*Philosophie du Progrès*, primera edición, París, págs. 48-49).

La idea de progreso, por tanto, según Proudhon, conduce a la negación de la autoridad, a la anarquía.

Por eso la anarquía es una idea universal. Indudablemente, como idea de revolución, representa el interés de todos aquellos que sufren por la conservación del actual estado de cosas, de todas las clases explotadas y oprimidas, y más especialmente del proletariado. Prácticamente, hoy, su movimiento es principalmente obrero y por tanto responde a todas las necesidades de la lucha de clase; pero a quien lo observa en su complejidad, desde un punto de vista más elevado, se le aparece sobre todo como una doctrina de vida y de elevación humana, moral además de material, y por tanto como importantísimo coeficiente de progreso.

Esto no ha escapado en el pasado a algunos espíritus iluminados, a quienes la inteligencia ponía por encima de las pasiones de parte, o que en ciertos momentos sabían elevarse sobre ellas. Así puede explicarse, al menos en parte, un fenómeno que se manifestó en más de una ocasión, en especial en la segunda mitad del siglo pasado, el de la simpatía que el anarquismo encontraba en ciertos ambientes intelectuales. Mientras en la vida práctica y política los anarquistas tenían contra ellos todo el conjunto de las fuerzas sociales, todos los partidos autoritarios, desde el clerical al socialista, todas las clases dominantes, desde el capitalismo más fuerte hasta los pequeños burgueses más miserables; incluso en el mundo intelectual y llamado espiritual, tenían cómplices en la obra de destrucción de todos aquéllos, incluso adversarios encarnizados en los momentos culminantes de la lucha social, que no eran reaccionarios, es decir que eran hombres de progreso.



RUDOLF ROCKER:

## La racionalización en otras industrias alemanas

Las mismas tendencias evolutivas que pudimos observar hasta aquí en la industria del hierro y del acero y en la del carbón, se advierten en mayor medida en todas las demás industrias. En la construcción de máquinas al principio el proceso de la racionalización se manifestó poco intensamente, lo que podría atribuirse principalmente a causas de naturaleza económica. Pero eso se modificó de un modo considerable durante los últimos años. La industria alemana de las máquinas cayó mucho por causa de la guerra. Es verdad que todavía hoy Estados Unidos, Inglaterra y Alemania cubren las seis séptimas partes de todo el consumo de máquinas, como antes de la guerra, pero las proporciones entre los tres países han variado muchísimo. América dió un salto importante hacia adelante e Inglaterra, que antes de la guerra ocupaba el tercer puesto, ha superado ya a Alemania. La industria alemana de las máquinas, que cubría en 1913 todavía una quinta parte de la producción mundial, ha retrocedido a menos de una séptima parte. Las nuevas condiciones de Rusia han obrado desventajosamente en la industria alemana de las máquinas. Rusia, que antes ha sido el mejor mercado para las máquinas alemanas y que compraba una quinta parte de toda la producción, en 1926 apenas compró una décima parte. Esta y otras causas, entre ellas la absurda guerra aduanera con Polonia, hicieron que la industria alemana de las máquinas en 1925 apenas pudiera aprovechar el 72 por ciento de sus posibilidades de producción. Eso explica también en parte la gran desocupación reinante en la industria de las máquinas.

Una gran parte de los trabajadores fué aquí, como en todas partes, excluida de la producción por la racionalización. En el conocido congreso del trabajo en serie, celebrado en septiembre de 1926 en Colonia, el ingeniero Frank-Moekbach dió un interesante informe sobre los éxitos de esa forma de trabajo en las diversas ramas de la construcción de máquinas, del cual tomamos aquí algunos ejemplos.

Mientras que en los talleres de reparaciones de los ferrocarriles la reparación de una locomotora exigía antes de tres a cinco meses, a consecuencia de los nuevos métodos de trabajo ese tiempo fué rebajado a quince días. El presupuesto de la producción de máquinas llegó en el montaje a un 30 por ciento de ahorro de tiempo. En la industria de las máquinas de coser la racionalización pro-

dujo en la pintura un ahorro de tiempo de 65 por ciento.

En ambos casos el aumento del rendimiento de los obreros se elevó en un 40 a 50 por ciento. En la misma proporción fueron rebajados los salarios a destajo.

Un taller de reparaciones ferroviarias, que construye señales de incendio en los vagones de carga, necesitaba antes de la introducción del trabajo científicamente regulado 154 horas por aparato. Hoy lo hace en 46 horas. Para armar el enchufe del caño se empleaban antes 30 sueldos, que ahora pudieron reducirse a cinco. Iguales resultados fueron obtenidos en la construcción de motores de explosión. Aquí se redujo el tiempo de trabajo necesario de 1500 a 550 minutos. El ahorro de tiempo para el armaje, la pintura y el empaquetamiento llegó a un 70 por ciento.

En la producción de maquinaria grande se manifestó la racionalización especialmente en la creación de compañías especializadas, en la agrupación de establecimientos de la misma naturaleza y más particularmente en la standardización y en el decrecimiento numérico de los tipos de máquinas fabricadas. El resultado fué también aquí un aumento terrible de los desocupados. De las tres cuartas partes de millón de obreros ocupados antes en las industrias siderúrgicas, la inmensa mayoría corresponde a la industria de las máquinas. Según una estadística del Deutschen Metallarbeiterverbandes la cifra de sus miembros que trabajaban en marzo de 1926 alcanzó la aterradora suma de 60,3 por ciento solamente. Esa cifra disminuyó bastante en el curso de los meses posteriores, pero el número de los desocupados y de los que trabajaban la semana completa es en la industria de las máquinas todavía muy considerable.

El capitalismo no ha hecho nada para buscar aquí una salida. Al contrario, empeoró la situación más por la continua disminución de los salarios y el aumento de la jornada de trabajo. Así ocurrió, por ejemplo, que en diciembre de 1925 había 300.000 obreros menos ocupados que en 1922. En el congreso de la Asociación de Industrias alemanas de las máquinas en diciembre de 1925, el presidente de esa asociación, el director Karl Lange, pudo informar sobre más de 150 fusiones en la industria de las máquinas. Por ese método de la racionalización se obtuvieron enormes resultados especialmente en la industria del automóvil, en la fabricación de máquinas para la elaboración de papel y de máquinas de imprimir y rotativas. En todas partes pudo disminuirse considerablemente el número de los obreros ocupados. En la producción de máquinas para la fabricación de papel, según los datos de Lange, se llegó a un ahorro de 23 por ciento en los salarios.

Estos sentían, presentían también que si el movimiento anarquista perturbaba sus intereses momentáneos, políticos y económicos, por otra parte la anarquía era la consecuencia lógica de las premisas en que todo progreso humano ha comenzado.

Justamente en la industria de las máquinas se atrinchera el capitalismo en un punto de vista intransigente frente a los trabajadores, como lo ha probado hasta la evidencia el congreso de los fabricantes de máquinas en abril de 1927. Esos señores no ven otro medio para la elevación de la industria que nuevas reducciones de salarios, jornadas prolongadas y acción más intensa, aunque en numerosos establecimientos prevalecen ya salarios de hambre. Y esto ocurre a pesar de que durante el último año se ha notado también en la industria de las máquinas una innegable mejora, como se deduce claramente de los dividendos de un gran número de empresas. Recordamos solamente la G. Seebeck-A. G., la Poege-Elektrizitätsges. A. G. de Chemnitz, la Maschinen-und Kranaubau A. G. Duesseldorf, la Eisengiesserei-und Maschinenbau A. G. de Zeitz, la Dresden-Leipziger Schnellpressenfabrik A. G. de Leipzig-Coswig y particularmente la Siemens-Halske A. G. y la Siemens-Schuckertwerke.

Según un informe económico del "Vorwaerts" la ganancia de la Siemens-Halske A. G. aumentó de 9.59 millones de marcos en el año 1925 a 16.12 millones en 1926. Después de separar 0.77 millones fué repartida una ganancia líquida de 15.35 millones contra 8.89 el año anterior.

La Siemens-Schuckertwerke, en comparación con el año 1925 muestra un aumento de la ganancia líquida de 8.95 millones a 12.18 millones. Pero los salarios han permanecido casi idénticos al año anterior, aunque según los datos del informe "el personal se redujo por término medio en un 12 por ciento". Pero ese informe es muy inexacto, pues en Alemania sólo la compañía Siemens tiene alrededor de cinco docenas de firmas. Pero en los dos establecimientos principales, el Werner-Werk y el Siemens-Schuckertwerke de Berlín en septiembre de 1925 trabajaban 62.225 obreros y en diciembre de 1926 no había más que 47.458. El personal, pues, no se redujo aquí en un 12 por ciento, sino en un 25 por ciento. Y hay que advertir aún que los salarios en la firma Siemens und Halske son mantenidos especialmente bajos y deben ser calificados de salarios de hambre. A pesar de ello en noviembre de 1926 se han reducido esos salarios miserables en el Werner-Werk en cinco peniques por término medio por hora. Eso no impide al señor Siemens indudablemente hacer en la conferencia de Ginebra la afirmación de que la desocupación fué motivada principalmente por el encarecimiento repentino de la mano de obra, y que sólo veía dos posibilidades: o bien procurar a muchas personas trabajo con salarios pequeños o bien elevar los salarios de los que trabajan de tal manera que puedan asegurar a los desocupados una vida mísera.

En realidad los salarios en la industria alemana de las máquinas son mucho más bajos que en Inglaterra, a pesar de que la semana de trabajo allí no tiene más que 47 horas. Están más bajos que en Suiza y, si se calcula la elevación de los precios, están un 8 a 14 por ciento tras el nivel de antes de la guerra.

Como se exterioriza la racionalización con el empleo del trabajo científicamente regulado, nos lo dice la "Deutsche Boettcher-Zeitung" del 18 de septiembre de 1926 en un interesante artículo. Se lee allí:

"Antes de la guerra por la fabricación de 1150



ventanillas eléctricas se pagaban 40.75 marcos de salarios.

Para esa labor se necesitan 101 horas y media de tiempo. Al comienzo de 1926 la fabricación de la misma cantidad de artículos exigía 33.84 marcos de salarios. El tiempo empleado en eso fué de 84 horas y un cuarto. Luego se aplicó el trabajo en serie. El salario pagado por esa labor cayó a la mitad del de antes de la guerra; la suma empleada en ese concepto llega ahora a 23.78 marcos. El tiempo necesario se redujo de 101 horas y media a 49 horas y tres cuartos. El ritmo del carro móvil y la máquina determina el ritmo de los movimientos de la mano, que se suceden de una manera organizada convenientemente. El salario medio de las obreras ocupadas en ese trabajo es de 52 peniques a la hora, no mucho más que antes de la guerra. Y además el número de obreras ocupadas se redujo a la mitad de las que se requerían antes. En otra sala de trabajo había antes 120 obreros profesionales, en gran parte mecánicos. Hoy, en el mismo departamento, no hay más que 62 mujeres y 6 mecánicos ocupados. Y producen en el mismo número de horas el doble de lo que antes producía el departamento sin el sistema de trabajo en serie. Antes se pagaba por término medio, a un marco de salario, 120 marcos por hora para todos los trabajadores. Después de la introducción del sistema de trabajo en serie, la suma del salario pagado a todos se redujo a 42 marcos por hora. El capitalista recibe así por 42 marcos el doble de trabajo, que antes le costaba 240 marcos en salarios".

Tales ejemplos se podrían citar en grandes cantidades; son típicos de todo el proceso de la racionalización en Alemania.

Una contribución interesante a la supuesta crisis mortal del capitalismo nos la ofrece el fuerte aumento del capital de los astilleros y de la navegación alemanas. Como sus colegas en la industria del hierro y del acero, los grandes navieros y propietarios de arsenales fueron siempre muy patriotas y nacionalistas. El patriotismo pertenece justamente a los negocios. Y ese patriotismo fué también el que los incitó sin cesar a exigir del país nuevas subvenciones para el mantenimiento de su industria.

Después de la guerra se produjo tanto para los astilleros alemanes como para las compañías navieras un período crítico. La pérdida de la flota comercial y el tratado de Versalles, que puso fin



a toda política naval según el viejo espíritu, habían creado una nueva situación. Centenares de millares de obreros quedaron en la calle. Los navieros recibieron del Estado enormes indemnizaciones por sus pérdidas, mientras que de los trabajadores nadie se preocupaba, como es usual. Las subvenciones y las ganancias de la inflación hicieron lo demás. Fué interesante cómo esos imperturbables "representantes del germanismo" han forzado formalmente al país a hacerles una subvención de 50 millones de marcos, amenazándole con recoger entre ellos esa suma y hacer construir en Inglaterra barcos. Como vemos, la consigna "Dios castigue a Inglaterra" tenía para esos patriotas al cien por cien sólo determinados límites.

Recibieron, naturalmente, la suma pedida, pero los obreros de los astilleros no advirtieron nada de ella, pues mientras la desocupación se extendía cada vez más en sus filas, la jornada fué llevada a 54 horas por semana y según la necesidad se introdujeron también las horas extras. Y al mismo tiempo los salarios permanecían más que miserables y estaban de un 49 a un 55 por ciento más bajos que los de los obreros de los astilleros ingleses.

El proceso de la racionalización llevó también aquí a la extirpación de una serie de pequeños establecimientos y a grandes fusiones de las demás empresas. Además se llegó, como en todas partes, en los establecimientos, a una mecanización amplísima ligada al más inescrupuloso azuzamiento al trabajo.

Especialmente favorable fué también la huelga minera inglesa para el capitalismo de la costa, que aportó a los navieros alemanes ganancias gigantes y produjo una reanimación de la construcción alemana de navíos. Una gran serie de astilleros paralizados fueron puestos otra vez en funciones y ya en el tercer trimestre de 1926 comienza la construcción de buques una actividad creciente que llegó para el capitalismo rápidamente a una brillante coyuntura.

Las demandas para las nuevas construcciones en la primera mitad del año 1926 llegaban a unas 50.000 toneladas de registro en bruto; en noviembre llegaban ya a 125.000 y en diciembre a 170 mil toneladas de registro en bruto. La cifra total de los pedidos no llegaría a menos de 750.000 toneladas. En los nuevos pedidos participan una gran serie de grandes compañías navieras, pero ante todo la Norddeutsche Lloyd y la Hamburg-Amerika-Linie (Hapag). Ambas sociedades, en el año pasado, favorecidas por la huelga inglesa y el desarrollo extraordinariamente favorable del transporte, han acumulado ganancias fabulosas. El capital en acciones de la Hapag sólo aumentó en el año 1926 de 54 millones a 130. Con los nuevos pedidos que ha hecho a los astilleros, tendrá una flota de más de un millón de toneladas, es decir, más de lo que tenía antes de la guerra.

Esa rápida animación de la construcción alemana de buques tuvo por consecuencia el empleo de nueve o diez mil obreros más, pero los salarios quedaron a un nivel miserable. Esos salarios, que ascendían a unos 60 ó 70 peniques a la hora, a pesar del enorme aumento de los alquileres y del índice total del coste de la vida, sólo aumentaron unos peniques, y las justificadas exigencias de los trabajadores tropiezan con la más tenaz resistencia del capitalismo, que tampoco quiere

saber nada de una reducción de la jornada de nueve horas a las ocho horas usuales antes, porque, según dicen, con esa reducción toda la industria podría peligrar gravísimamente.

De un modo sorprendente se ha manifestado la racionalización en las minas de potasa. Cuando los capitalistas comenzaron a paralizar una serie de establecimientos y a dejar en la calle a muchos millares de obreros, se intentó justificar la medida diciendo que era el único medio para reducir los precios de la potasa, con lo cual los agricultores estarían por su parte en situación de abonar mejor sus tierras, lo que acarrearía nuevamente un abaratamiento del precio del pan. Así se paralizaron poco a poco minas por unos tres cuartos de millón de marcos. Una vez hecho eso, se cambió rápidamente la melodía y se declaró de golpe que las elevadas indemnizaciones que había que pagar a los propietarios por las minas paralizadas hacían necesaria una elevación de los precios de la potasa.

El grado escandaloso a que se ha desarrollado esa singular racionalización ya, se desprende claramente del informe del diputado socialista Limbertz ante el Comité económico del Reichstag. Según ese informe había en 1912 ciento diez y seis establecimientos, de los cuales 101 trabajaban. Hasta 1926 esa cifra había llegado a 226 establecimientos, de los cuales sólo 42 funcionaban. De los 184 establecimientos paralizados 47 fueron señalados como reserva para una ampliación eventual de la producción. Por los 137 restantes, de los cuales una parte se construyó hasta 1921 y luego se paralizó de inmediato, los establecimientos que funcionan pagan fuertes indemnizaciones de la venta de los productos de las empresas que trabajan todavía, y eso, según el derecho actual, hasta 1953. Esas indemnizaciones completamente improductivas, calculadas por quintal, según los datos del sindicato de la potasa, ascienden a no menos de 1.18 marcos. Pero, según la opinión de los mineros, ese encarecimiento inútil de la producción que tiene que pagar el agricultor, y que se exterioriza a su vez, naturalmente, en el precio del pan, es mucho mayor.

Aquí se ha separado, pues, a 30.000 obreros de la producción por la racionalización, y se asegura a los capitalistas, por el mantenimiento artificial de los precios, gracias a la paralización de la mayor parte de los establecimientos, considerables ganancias. Un ejemplo que apenas se presentará en tal grado en otra industria. Y hay que notar que la industria de la potasa hoy está completamente trustificada. De los 20.3 millardos de capital en acciones que hay en Alemania, el trust de la potasa y el trust químico disponen de cerca de 2 millardos, lo que equivale aproximadamente a una décima parte de todo el capital.

\*También la industria textil debe ser mencionada aquí brevemente. Se debería pensar propiamente que la coyuntura habría debido ser muy favorable a esta industria después de la guerra. Ya durante la guerra las existencias en telas y vestidos habían mermado fuertemente, y luego vinieron los terribles años de la inflación que no permitieron que se renovara el vestido y demás textiles. Sin embargo la industria textil atravesó en los años pasados una grave crisis, condiciona-

da por una parte por la desocupación general y la reducción de la capacidad adquisitiva de las grandes masas, ligada a ella, y por otra por la política de los kartells y de los precios del capitalismo textil. Tan solo en junio de 1926 se inició un avance, de modo que el número de obreros ocupados aumentó de 27.8 por ciento en abril a un 40.1 por ciento. Después disminuyó rápidamente la cifra de los desocupados de tal manera que en abril de 1927 los obreros que trabajaban el horario completo ascendía a un 90.3 por ciento.

Según el informe económico del "Vorwärts" sobre el estado de la industria textil, a juzgar por los balances anuales de los capitalistas, no se podría hablar de ningún modo de una crisis. 48 sociedades industriales cuyos balances para 1926 tenemos a la vista, pagan un dividendo de 9.3 por ciento en lugar de 9.6 por ciento del año anterior, por término medio. Algunas empresas llegaron incluso a aumentar los dividendos a 10 y 12 por ciento, a pesar de la limitación de los establecimientos.

En cambio, según el mismo informe, la situación de los obreros textiles, pese a la favorable coyuntura que se inició desde mediados de 1926 y se mantiene todavía, es la peor imaginable. A juzgar por los informes departamentales, en las fábricas de tejidos de algodón no es ninguna rareza la semana de 60 horas; en el distrito de Kulmbach ha sido admitida por el gobierno para los establecimientos textiles la semana de 61 horas. En cuanto a los salarios, el mismo cuadro. En Silesia los obreros, es verdad, han conseguido un 8 por ciento de aumento de salario, pero en el oeste de Sajonia los capitalistas han respondido a los aumentos de salario fijados por los árbi-

tros en un siete por ciento con una reducción de la tarifa a destajo, de manera que el mejoramiento de la situación del proletariado fué hecha ilusoria de antemano. El informe dice aún que los capitalistas se quejan de la falta de obreros de oficio, pues muchos trabajadores emigran y con ello fortifican la concurrencia extranjera. En realidad del distrito textil de Sajonia emigraron en muy poco tiempo hasta fines de septiembre de 1925 no menos de 989 obreros textiles a Estados Unidos, entre los cuales se encontraban más de 500 obreros especializados. Cuando se vió que hasta julio de 1926 sacudieron otros 125 obreros el polvo alemán de los zapatos, el gobierno intervino para restringir las autorizaciones para emigrar.

Las increíbles circunstancias que se encuentran todavía en la industria textil alemana, se advierten al saber que en la hilandería de algodón y tejeduría C. C. Foerster A. G. de Neusalza-Spremberg, los obreros de las tintorerías y decoloradoras trabajaron mucho tiempo 104 horas a la semana, es decir 19 horas por día, con 9 horas los sábados. Cuando el secretario de la asociación de obreros textiles, a pedido de los obreros denunció el hecho a las autoridades correspondientes, después de un tiempo recibió la respuesta de que se trataba de "trabajo extra voluntario", solicitado por una parte de los trabajadores. La respuesta de las autoridades, en la que se rechazaba rotundamente la denuncia, terminaba con estas palabras singulares: "De acuerdo a las deposiciones del jefe de la tintorería, el trabajo en esa repartición no puede ser considerado como insalubre". Obsérvese aún que la jornada establecida en aquel establecimiento era sin embargo de 53 horas por semana, según el fallo arbitral.

## Civilización moderna



Ajusticiamiento por la espalda en China



PEDRO GORI

## La cuestión social y los anarquistas

Nosotros no pretendemos, a imitación de los republicanos italianos o de los socialistas alemanes, que haya una escuela sociológica especial, de nuestro país o extranjera. Pero la característica de la sociología anarquista es el ser universal y verdaderamente internacional, pues nosotros no pedimos al hambre y a la miseria el certificado de su patria, para sentirnos inflamar de desdén contra una sociedad que viola tan descaradamente los santos derechos del hombre a la existencia y a la libertad.

El sociólogo, si quiere ser verdaderamente tal, debe sentirse ciudadano del mundo, y afrontar el gran problema moderno, — el cual no agita solamente esta o aquella nación, — con entendimiento de universalidad, y con el corazón lleno de amor para todos los desheredados de la tierra, que es la única patria lógica de la especie humana. El debe fijar los ojos en horizontes nuevos, que no empuñan el campo de las batallas redentoras en el círculo angosto de los Alpes y del mar; debe comprender que la religión inhumana del patriotismo será vencida por la fe grandiosa en la solidaridad de todos los hombres y de todos los pueblos; debe finalmente convenir que querer reducir a un vacío doctrinarismo unilateral o político-nacional el estudio y la solución de un problema tan evidentemente complejo e internacional, como es la cuestión social — quiere decir entender de un modo infinitamente pequeño, lo que es, por naturaleza propia, infinitamente grande.

\* \* \*

El individuo, considerado aisladamente, sintetiza en sí la gran vida colectiva de la humanidad; pero no es la humanidad.

La humanidad es el ente colectivo formado por las unidades perfectas individuales; y su bien y su mal no son más que el bien o el mal de cada uno de los individuos. Por eso la sociedad no puede estar basada sino en la armonía del bienestar del hombre con el de la humanidad.

Elemento esencial para la existencia del individuo es la satisfacción de sus necesidades. El derecho natural a satisfacer sus propias necesidades, el hombre lo conquista naciendo, y ninguna ley social puede legítimamente violar este derecho natural.

Donde quiera que a un individuo no le es posible satisfacer íntegramente este derecho, donde quiera que, al lado de quien posee lo superfluo, vive aquel que no tiene con que procurarse lo absolutamente necesario, no existe "sociedad"; no hay más que agregación heterogénea de seres vivientes. En tal estado de cosas, el individuo tiene derecho de rebelarse, en cualquier modo, contra la colectividad de los privilegiados.

Este incivil consorcio es el "desorden legal"; en él no es posible "la asociación natural"; no hay más que "la agregación de los intereses parasitarios y la alianza tumultuaria de las fracciones rebeldes. Aquí el individuo vive en un estado extra-social; la lucha por la existencia se desarrolla en sus formas más mortíferas cuanto más hipócritas; en nombre de una sociedad que no existe se oprime legalmente y "honradamente" se roba a la inmensa clase de los trabajadores la gran parte de sus fatigas. La guerra económica, que toma el nombre de libre competencia, es la forma de antropofagia, que toma el industrialismo burgués, en este siglo todo lleno de sus glorias; la víctima, el devorado es siempre el trabajador.

En este período de transición los intereses del individuo están en antagonismo, en perfecta antítesis con los intereses de toda la especie humana. En él, el hombre es enemigo de la humanidad, la muerte de uno es la vida de otro; una clase engorda chupando la sangre de la otra. Es una caza desesperada a la riqueza y al poder. Los fraudulentos se convierten en propietarios, los acaparadores de votos suben al poder poniendo el pie sobre el vulgo ignorado de los electores; el adjudicatario se convierte también en millonario; el obrero que, sin embargo, tanto trabaja y todo lo produce, se hunde cada vez más en la miseria.

En tal estado de cosas el individuo, si bien atado, oprimido, controlado, amordazado por las leyes, encuentra siempre el modo y la razón de estrangular entre una sonrisa y un apretón de manos, al propio semejante que le obstruye el camino.

Lugares comunes, se dirá, cosas repetidas mil veces; pero es siempre verdad que esta es la posición recíproca, hoy, entre el individuo y la colectividad. El sociólogo de conciencia es precisamente de esta constatación de hecho, muy común y sin embargo tan olvidada, que debe partir en el estudio de los problemas sociales para llegar a su solución.

\* \* \*

Pero el individuo no puede ser considerado aisladamente. El hombre normal no puede ahora ya, como otros animales inferiores, vivir en un estado de disgregación salvaje. Sus necesidades y su mismo interés lo empujaron, a través de los tiempos, a asociarse, y ahora ya el instinto de la sociedad — síntoma del más elevado sentimiento de la solidaridad — se ha convertido para él en costumbre adquirida.

El estado feroz y salvaje de la humanidad primitiva no es la consecuencia de la "libertad natural"; de la cual gozaban los hombres de la edad prehistórica, — sino el efecto de la naturaleza ordinaria de éstos, sobre los cuales no había pasa-

do la obra lenta y refinadora de tantos siglos de evolución de un egoísmo bestial al ego-altruíno razonador, que, si no fueran las presentes leyes e instintos de privilegio, haría ya posible una convivencia fraterna de ciudadanos cooperantes al común bienestar por impulso racional de los bien entendidos intereses individuales.

Pues la Ley escrita, que no es más que la goma elástica al servicio de quien la manipula, nada tiene que ver con estas substanciales transformaciones de la psicología de la humanidad, que, a pesar de todo, ha ido reemplazándose y perfeccionándose hasta en medio de sus dolores y sus vergüenzas.

La abolición de estas leyes formales desde ha mucho, en lugar de hacer retroceder al género humano hacia las barbarie primitivas, quitaría las razones económicas, políticas y sociales del antagonismo entre clase y clase con la destrucción de las diferencias de clase, y daría a la lucha por la existencia un movimiento concorde y espontáneo de los individuos asociados contra la naturaleza exterior, por el mejoramiento de las condiciones morales y materiales de cada uno y de todos. Como el hombre primitivo comprendió que para defenderse más fácilmente era mejor asociarse a otros hombres, como el más fuerte comprendió que era preferible hacerse servir por el más débil en lugar de matarlo, y como igual que el capitalista moderno encuentra más interés en hacer capitular el proletariado a las condiciones que a él le place imponer, y tenerlo a su discreción por hambre crónica, en lugar de eliminarlo del todo negándole todo alimento; — así el hombre libre entre hombres económicamente iguales, es decir copropietarios de todas las riquezas naturales y artificiales, encontraría mucho más útil y gustoso el asociarse, por afinidad electiva, a otros individuos, que quedarse solitario y disgregado de los demás.

En tal forma de asociarse libre y rescindible, el individuo no renunciaría a ninguna de sus libertades, porque su voluntad, árbitra de hacer el pacto o de separarse de él, sería siempre soberana.

\* \* \*

Por lo tanto, si la "libre asociación" no podrá ser posible más que entre hombres iguales, el primer paso que hay que dar debe ser aquel que conduce a la igualdad de las condiciones económicas de los asociados. Y esta igualdad no puede encontrarse más que en la comunidad de bienes y en la asociación de trabajo.

Pero con todo esto, miente quien afirma que los comunistas anarquistas exigen la sola y simple satisfacción de las necesidades del vientre.

Dejada a cada una de las iniciativas individuales la libertad de desarrollarse según las varias tendencias, que son la característica más genial de la naturaleza humana, el arte y la ciencia no serán defraudados por las actividades de tantos genios, que hoy ignorados se apagan entre las vueltas tormentosas de la miseria, bajo el peso brutal del trabajo mecánico.

La asociación anarquista no será, como alguien ha fantaseado, una sociedad conventual, cocinera, a base de vientre, cuyos miembros — una vez que fuera abolida en modo absoluto la propiedad individual, se encontrarían en una miseria peor. El sentimiento exquisito de la solidaridad, desarrollándose maravillosamente en un consorcio de

iguales, y la coparticipación de todo individuo en las utilidades del trabajo de todos, crearían los estímulos a una laboriosidad sin ejemplo en el régimen de las empresas privadas; de ahí la fuente de una producción infinitamente mayor que la actual, si se piensa que todos los brazos aptos para el trabajo serían aplicados a la fabricación de artículos "verdaderamente útiles" a la generalidad.

Y es necesario estar del todo endurecidos en la economía social de setenta años hace, para no reflexionar que no solamente las máquinas, convertidas en propiedad común de los trabajadores, — y no ya instrumento de sus miserias, — aumentadas, simplificadas y aplicadas a todo ramo de la industria y de la agricultura intensiva, centuplicarían la riqueza general, permitiendo que cada uno de los individuos, según la fórmula comunista, tome del patrimonio acumulado por las comunes fatigas, cuanto necesite, sin que para nada se deba reglamentar el alimento, el vestido, la habitación, la familia, como ha dicho alguna vez alguien que ha estudiado el comunismo tal vez en los viejos libros de Fourier y Saint-Simon, dos utopistas precursores, cuyas teorías son muy diversas y están muy lejanas del comunismo científico moderno.

\* \* \*

La base fundamental de la sociología anarquista es la abolición de la propiedad privada, substituyendo este privilegio económico por la propiedad "social" de todos los bienes. Sólo sobre tal base es posible una verdadera igualdad y una verdadera libertad.

Efectivamente la libertad sería una vana ilusión en una sociedad en la cual no se proporcionara a la universalidad de los ciudadanos los medios materiales, necesarios para satisfacer las necesidades del organismo, que son las más imperiosas, y todo esto no es posible si no se ponen en común los bienes privados.

Y con esto no está dicho que la asociación comunista deba, como alguna vez contra ella se ha formulado la acusación, limitarse, circunscribirse, aprisionarse en el solo y exclusivo concepto económico, pues el hombre no vive únicamente porque come o satisface, como los brutos, sus necesidades físicas... Lo que no excluye que, precisamente estas necesidades físicas no deban, antes que las demás, ser satisfechas. Porque las ciencias biológicas enseñan, a pesar de todos los idealismos trascendentales, que de la bien ordenada satisfacción de los aparatos de nutrición depende todo sano equilibrio de las funciones orgánicas, a las cuales directamente está ligada gran parte de la vida intelectual y moral del hombre.

En ninguna forma de asociación, como en la comunista anarquista, el individuo, completamente satisfecho en sus necesidades, alcanzará su pleno desarrollo orgánico, — o sea el desarrollo intelectual y moral de cada uno y de todos. De ahí, además, el ensancharse natural de los vínculos de afectividad, que enlazan fraternalmente los miembros de estas "libres asociaciones".

Muchos adversarios nuestros temen que con tal sistema la familia desaparezca, y la mujer sea reducida a una simple máquina procreadora de hijos y éstos sean arrancados a su tutela, para entregarlos a la comunidad, desconociendo así todo el valor inefable del afecto y de las atenciones maternales! Son acusaciones que hemos sentido repetir muchas veces. Y sin embargo, todo esto es



parto genuino de la fantasía adversaria; puesto que la mujer, si es querida a la especie como procreadora de hijos y conservadora del género humano, es predilecta para nosotros como compañera de nuestras miserias hoy, mañana, después de la gran liberación, como copartícipe de nuestros puros goces de la libertad.

La asociación anarquista, como la única que consiente el desarrollo integral de todas las facultades y afectividades humanas, respetaría más que cualquier otro el exquisito sentimiento de la maternidad y del corazón, no interviniendo como educadora amorosa e imparcial, más que en la tutela de los niños, a los cuales vinieran a faltar por cualquier razón los cuidados maternos, y de aquellos más adultos, a los cuales la sociedad debería proveer en común todos los medios para instruirse, perfeccionarse y acostumbrarse a aquella verdadera desinteresada convivencia fraternal, que les enseñaría a considerarse mutuamente como miembros de una grande y amorosa familia.

\* \* \*

La asociación anarquista, desde lo simple a lo compuesto, tendrá probablemente como mejor medio de desarrollo la federación de los grupos, de las uniones de oficio federadas en común, como la liga de las comunas libres, independientes, soberanas; constituirá la federación internacional de los pueblos, — quitada, se entiende, a la comuna toda característica autoritaria y burocrática que hoy se le atribuye.

Naturalmente, a aquellos que conciben la asociación del porvenir como una frailería nacional, o sea también universal, observante de una sola regla, una tal concepción libertaria aparece como ilógica y privada de la unidad de educación, para ellos esencial. Ellos no saben cómo esta unidad choca contra la misión verdadera de una verdadera sociedad civil, la cual debe respetar la autonomía de los individuos y de los grupos, los cuales tendrán también el derecho de asociarse y de federarse según sus afinidades, simpatías y tendencias.

La libre manifestación de estas varias tendencias, no turbaría en nada la armonía del gran ente colectivo que se llama humanidad, la cual progresa y se mejora precisamente por esta vida múltiple y multiforme; y si esta mezcla vivaz de actividades convergentes, por vías diversas y en varias formas, al bien de cada uno y de todos — si este entrecruzamiento genial de iniciativas varias llegara, como nosotros confiamos, a destruir toda idea de nación, sería finalmente proclamada la nacionalidad de todo hombre sobre la tierra y sancionada por el hecho social la ley de la naturaleza, que, a despecho de las artificiosas distinciones patrióticas, agrupa todas las razas humanas vivientes en una sola falange orgánica, que se desarrolla bajo el imperativo categórico de las mismas necesidades físicas y de los mismos impulsos morales que empujan la especie entera sobre la vía del indefinido progreso.

Solamente entonces habrá libertad, cuando, eliminando el gobierno del hombre sobre el hombre, sea abolida toda razón y toda ocasión de arbitrariedad; puesto que el grave error de la política, de la magistratura y del ejército, son los engranajes y las columnas del gran órgano concentrador, que es el Estado, este matador de todas las autonomías y las iniciativas individuales y locales. Por lo tanto, el pueblo que está anhelante de

libertad, empieza a entender que el primer paso que hay que mover sobre la vía del progreso y del bienestar propio es el de abolir toda forma de gobierno, todo privilegio autoritario, todo concentramiento de funciones y toda organización violenta; para luego poder asociarse con libres pactos, según las necesidades individuales y sociales. Este estado de cosas, hacia el cual la historia y el movimiento humano caminan, es el anarquismo.

Pero como el anarquismo, para ser un ecuánime y armónico ordenamiento, debe apoyarse, como hemos dicho, sobre la completa igualdad de condiciones (que no tiene nada que ver con la pretendida igualdad niveladora de las horas de trabajo y de las comidas para todos, como delira algún crítico infantil del socialismo anarquista), esta igualdad de condiciones no puede desarrollarse más que con el comunismo, — es decir, en un estado de cosas en el cual cada uno, dando todo lo que sus fuerzas lo consienten a la producción social, pueda obtener en cambio todo lo que él necesita.

Sólo entonces, cuando, colmado el abismo de un pasado enterrado para siempre, sobre las nuevas bases surgirá la sociedad nueva, sólo entonces la humanidad verá brotar el florecer alegre de la prole fraternal, irradiada por el sol de la verdadera libertad y convivente en la sociedad igualitaria que nosotros deseamos. Aquella prole volverá a pensar maravillada en los escepticismos de quien hoy niega la fe nueva y en la vacuidad de los esfuerzos reaccionarios hechos para impedir su fatal andar.

De nosotros que hicimos todos los esfuerzos que nos fueron permitidos por nuestras posibilidades, dirán, por lo menos, que no hemos mentido.

## Editorial LA PROTESTA

NUEVAS PUBLICACIONES  
Enrico Malatesta.

### ANARQUIA

48 páginas. Con tapa artística  
haciendo juego con nuestra  
edición de EN EL CAFE.

PRECIO: \$ 0.20

Eliseo Reclus

AMHERMANO EL CAM-

PESINO, nueva edición.

30.000 ejemplares. A peso:

2.00 el ciento, para repartir  
gratis

EL EJEMPLAR 10 Cts

MAX NETTLAU

## Cartas inéditas de Pedro Kropotkin a James Guillaume sobre las tierras comunales (revolución francesa), escritas en Junio y Julio de 1911

(Véanse los números anteriores)

Villa Lausanne. Minusio, Locarno.

7 de julio, 1911.

Mi querido James. — Algunas palabras sólo para decirte que acabo de recibir tu larga carta del 5 de julio y que te la agradezco de todo corazón. Las buenas palabras que me diriges son tales que habría corrido a abrazarte si hubiese estado en París.

Temo que no nos veamos en París. Además del temor de la fatiga, descubrimos hoy que el billete de regreso de Sofía es para Laon y Amiens — no para París — y después de todos sus temores Sofía no se atreverá a dejarme partir solo.

—No me doy bien cuenta: ¿Has recibido mi última carta donde te daba el texto corregido de la página 536? ¿O bien se han cruzado nuestras cartas?

—Tu carta del 5 de julio me da una nueva confirmación de que mi interpretación de la ley del 14 de agosto del 92 era correcta, y no comprendo cómo no lo ves tú en el discurso de François de Neufchateau, que me citas (yo conocía esa versión de los *Archives Parlementaires*). En mi opinión, habría debido confirmarte que debo tener razón al decir que el párrafo 3 fué propuesto (por alguien) y agregado durante la sesión.

En efecto, Fr. de N. dice:

"En consecuencia, pido que desde este año, inmediatamente después de las cosechas, todos los terrenos y usos comunales, además de los bienes conocidos bajo el nombre de *abandonados* y *vacantes* sean repartidos entre los ciudadanos" (\*).

Ni una palabra, en su discurso, sobre lo que se hará de las tierras abandonadas y vacantes (probablemente pensaba dejarlas indivisas).

(\*) J. Guillaume ha copiado del artículo Asamblea nacional. Continuación de la sesión del 13 hasta el 14 (agosto 1792) por la noche, firmado Condorcet, de la *Chronique de Paris*, N.º 239, 15 de agosto de 1792: "... Mr. François de Neufchateau propone repartir al pueblo las tierras vacantes conocidas con el nombre de comunales, y poner en venta al mejor postor los bienes de los emigrados. Se ha decretado que los comunales sean dados al pueblo y que los bienes de los emigrados sean divididos en lotes de 3 ó 4 arpentos, y puestos en rentas perpetuas"...

En las *Revolutions de Paris*, N.º 162, pág. 316; "... Sobre otra mención, de M. François (sic),

Pero he ahí que alguien se levanta y dice (resumo): "¿Y los terrenos abandonados y vacantes? ¿Por qué conservarlos como propiedades comunales? Hay que repartirlos también. Pero ¿entre quién? Entre ciudadanos — eso equivaldría a la revuelta en todas partes. ¿Entre ciudadanos y habitantes? Supongamos que entre los habitantes.

Y se agrega el párrafo 3, el cual — (la cita lo prueba o, al menos, lo hace creer muy probable) — Fr. de N. no había propuesto.

Es la única interpretación plausible. En lugar de eso te permites acusar al *Logographe* de haber dicho tonterías, como te habías permitido decir que siendo un poeta Fr. de N. le estaba permitido emplear las palabras ciudadanos y habitantes sin atribuirles ningún sentido.

Y ahora interpretas la palabra "sin discusión" como "con entusiasmo".

Yo no soy francés y debo ser prudente en la interpretación de las palabras francesas, pero cuando se dice, en lenguaje parlamentario "votado sin discusión", he comprendido siempre "sin oposición", nada más que eso.

Debes conocer también, como yo, casos bien conocidos, *modernos y antiguos*, de leyes votadas sin oposición, aprovechando la ausencia de los que podían oponerse a ellas. La ley del 14 de agosto, votada sin consultar al *Comité de agricultura* es una. En Inglaterra los *snap-votings* (\*) son tan peligrosos para el ministerio que los *whips* (\*\*) del partido recuerdan continuamente: "No os ausentéis sin haber hecho vuestro par" (con un miembro de la oposición que se va también).

Atengámonos a los textos.

Igual que el discurso de Fabre, el de François no cambia nada en mi interpretación de la ley

la Asamblea decreta... 1.º que los bienes llamados comunales será repartidos entre los habitantes de las comunas, y que el comité presentará el modo del reparto... M. Merlin hace decretar también que los terrenos abandonados y vacantes invadidos por los señores sean repartidos a los ciudadanos de las comunas" (N.).

(\*) Un voto obtenido por sorpresa, por la mayoría fortuita de un instante (N.).

(\*\*) Latigazos; nombre dado a los miembros encargados de insistir sobre la presencia lo más completa posible de los miembros de un partido en las sesiones cuando se trata de un voto importante. N.



del 14 de agosto. Al contrario, sugieren, uno u otro, una afirmación.

Es así como los he comprendido — y he continuado investigando.

Una vez en Londres te daré copia exacta de mi nota al respecto. He consultado sobre ello el *Moniteur*, los *Archives parlementaires*, la colección de las leyes de Francia (¿Duvergier?, la colección de Dalloz y diversos periódicos — entre otros el *Mercur de France* (donde hallé, entre otras cosas, esa horrible ley de la Legislativa contra el que se atreviese a hablar contra los diezmos).

En todo caso creo que ahora has debido persuadirte de que *ciudadanos y habitantes*, para los franceses de la Legislativa, no eran una cuestión de estilo; y que, por consiguiente, si esas dos palabras entran en la ley del 14 de agosto es que debían ser repartidas dos categorías de tierras entre dos categorías de personas, — error, reparado por la ley de la Convención del 10 de junio de 1793.

En cuanto a Mailhe.

Puesto que afirmas que su proyecto, y la ley del 28 de agosto-14 de septiembre son idénticas, voy a borrar la palabra de alabanza para Mailhe. El decreto permanece abominable.

Quisiera ver solamente qué es lo que ha hecho decir dos palabras en favor del proyecto de Mailhe. ¿Tal vez debían dirigirse a su informe? (Introducción, discurso).

Voy a echar un vistazo en Londres, y te agradecería si, para evitarme una pérdida de tiempo posible, me indicases dónde hay que leer toda la discusión del 25 de agosto al 14 de septiembre. ¿En el *Moniteur*?

—Y ahora, querido James, una observación general. Tú debes, antes de permitirte la menor apreciación sobre la cuestión de las tierras comunales, estudiar el asunto como lo hice yo, antes de haberme permitido apreciaciones.

¿Qué dirías tú si alguien se hubiese permitido juzgar la legislación política de la Asamblea Nacional, de la Legislativa, de la Convención, sin conocer la esencia y los rasgos de la organización política de Francia y de los Estados europeos?

Y bien, tú, y casi todos los franceses estás en este caso ante las cuestiones comunales. No conozco uno solo (salvo, tal vez, Rambaud, y ni ese) cuya opinión sobre estas cuestiones tenga la menor autoridad en Francia, — junto a Maine, Nasse, Kovalevsky, Vinogradoff, Buecher (en su suplemento a la traducción alemana de la *Propiedad primitiva* de Laveleye), Miaskowski, Ochenkovski, etc., etc., etc., — que para todos vuestros historiadores y vuestros legistas no existen en su crasa ignorancia del asunto. Babeau (en Francia) desfloró la cuestión; pero ha bastado que fuese un reacio para que vosotros — la escuela radical — os hubiéseis rehusado a estudiarlo, o bien a consultar los documentos que ha citado, para rehacer su obra con vuestras ideas justas.

También, cuando me citas elogios de la legislación anticomunal, me digo: —¿Por qué tomarse ese trabajo?

Yo podría decirte de antemano que podrías citarme millares.

Han hecho esos elogios:

1. Todos los burgueses de aldea y sus portavo-



ces en París, y en provincias, los girondinos y los montañeses.

2. Todos los compradores de bienes nacionales y sobre todo los especuladores franceses y holandeses sobre esos bienes. Les eran necesarios brazos; y para eso, — *proletarizar los campesinos pobres, quitarles el último lote de tierra*, la posibilidad misma de tener un huerto y una cabra, fué la táctica preconizada en Francia, en Inglaterra, en Bélgica, en Sajonia, en Suecia, en Dinamarca, en Prusia (después de 1848), en Wuerttemberg, en Austria, en Rusia (desde 1861 y sobre todo en 1905) por todos los que poseían la tierra.

3. Todos los grandes granjeros que se guillotiné en 1794 como acaparadores.

4. Los realistas propietarios (¡brazos, brazos! Es eso lo que nos falta. —Yo creo que se quejaban ya así en 1789).

5. Todos los legistas franceses educados en el espíritu del derecho romano, — los que, después de la conquista de Argelia desposeyeron a los *djenmalis kabylas*, forzándoles (cada vez que un Colón francés o italiano se apoderaba de una tierra comunal) a llevar 50, 100 ó 200 plantas separadamente si el *djammah* contaba 50, 100 ó 200 miembros! — yo he leído sus elogios por centenas; los leí en Francia, en Bélgica, en Alemania, hasta el presente.

6. Todos los economistas de la escuela burguesa continúan haciendo el elogio (y después de ellos lo han hecho los social-demócratas alemanes y rusos, lo hacen todavía).

Por favor, James, fórmate una idea al respecto en lugar de inscribirte en la lista de esos señores, muy ignorantes unos, muy malignos los otros y todos — muy mal universitarios. Tú me hablas de sus buenas intenciones. Pero todos los burgue-

ses no son malintencionados, y tienen sus profesores de economía política para aprobarlos.

Tengamos el valor de tener nuestra opinión sobre la cuestión agraria, como la tenemos sobre la cuestión de las industrias.

No quería abordar hoy la cuestión de las interpretaciones. Pero, en fin, puesto que estamos en ello.

Has interpretado el discurso de Fabre para sostener que el decreto del 14 de agosto ordenaba el reparto de las tierras comunales entre todos los habitantes. Yo lo conocía y he comprendido lo contrario. Tu interpretación es imposible. Júzgalo tú mismo:

“La aristocracia burguesa, decía Fabre, existe aún en esos departamentos, y cuando se ha hablado del reparto de los bienes comunales (‘es decir — agregas tú en nota — evidentemente cuando se dió el decreto del 14 de agosto del 92’... lo que acepto), los burgueses han recordado sus usurpaciones que han nombrado sus derechos. Han querido que los labriegos no pudiesen ser admitidos en el reparto (¿Cómo es eso? ¿Contra la ley? Yo digo: en virtud de la ley); algunos, sin embargo (en algunas comunas, por tanto) han consentido ¿a qué consentirlo, si la ley les obligaba, según tu interpretación?) a elevarlos hasta ellos, siempre que les pagasen un derecho de entrada (en la comuna; ¿y los labriegos eran bastante tontos como para pagar cuando, según tú, la ley del 14 de agosto les autorizaba a ello sin pago, de derecho?”

James, eso no se sostiene. Es todo lo contrario lo que deducirías, sin duda, si vuelves a pensar en ello.

—O bien, tú me citas el acta de reparto de la Comuna de Monceau-les Lamps, del 9 de septiembre del 92, ‘‘hecho en asamblea de los habitantes de la Comuna, por la cual se ha convenido en repartir por hogar o familia sus bienes comunales’’. Tú concluyes de ello que eso se hizo en virtud de la ley del 14 de agosto. ¿De dónde has tomado eso? Es tu interpretación. Y bien, si quieres reflexionar un momento, convendrías que puede entrar también en este caso, mencionado por Fabre, de los ‘‘algunos’’ que ‘‘han consentido en elevarlos hasta ellos, siempre que les pagasen un derecho de entrada’’, — o bien sin derecho de entrada: se estaba — ¡ay! — muy cerca del 2 de septiembre y, si no me engaño, en la Francia oriental! (\*)

Interpretación por interpretación ¿cuál es más probable? Atengámonos, pues, al texto de la ley y no nos lancemos en estas interpretaciones, que tú mismo debes hallar, ya sea falsas, ya sea atrevidas.

Juzguemos la obra de la Legislativa por sus leyes, no por hipótesis.

—Uf, hace tanto calor, tanto calor que a las 11 o mediodía no se puede más.

Interrumpo, pues, mi querido James, mis observaciones (\*\*). Y te abrazo muy fuerte, muy afectuosamente.

Tu Pedro

ESBOZO DE UNA RESPUESTA

POR JAMES GUILLAUME

¿Cómo conocías el discurso de François? y teniendo bajo los ojos esta frase ‘‘los ricos se los apropian; es tiempo(\*\*\*)’’, pues, de repartir esos bienes a los más pobres’’, pudiste engañarte tan

completamente sobre el sentido del decreto. Pero si ‘‘repartir entre los ciudadanos’’ significaba entre ‘‘los burgueses’’, no se habría pues ‘‘repartido a los más pobres’’.

—‘‘Alguien se levanta y dice’’. — ¡Eres tú el que inventas eso! Y al comienzo tú me escribes de tal modo que yo creí que lo habías leído en un informe de la discusión (no hubo discusión). ¡Tú tienes imaginación!

‘‘Tú interpretas sin discusión por con entusiasmo’’. — Sí: la prueba es que una vez votados los dos decretos, la Legislativa está tan contenta que ordena que ‘‘serán enviados de inmediato a los 83 departamentos para ser dados a conocer y publicados’’.

‘‘Tú te permites acusar al *Logographe* de tontería’’. En todo caso ha hecho una: François había exceptuado los bosques; el periódico no lo dice; en lugar de eso dice los abandonados y vacantes (y sin embargo los abandonados y vacantes son indicados especialmente en el decreto para el reparto). ¿No tengo derecho a decir que su primera tontería, incontestada, de haber omitido la mención de la excepción de los bosques, ha sido posiblemente (si no probablemente) completada por una segunda, que consiste en haber puesto abandonados y vacantes donde había que poner bosques. He corregido bastantes tonterías de este género en los procesos verbales de la Convención.

Por qué no habría de admitir que François no ha querido hacer distinción jurídica entre ciudadanos y habitantes, si es que en el proyecto del Comité de agricultura de la legislativa (que tú habrías debido leer y que no has leído) leído en ese Comité desde el 21 de mayo, se dice que en la asamblea general de la comuna todo ciudadano, activo o no, que tiene derecho al comunal, sea como propietario, sea como habitante, tendrá voz deliberativa’’.  
—El proyecto de Mailhe el 25 de no estuvo precedido de un informe (véase *Arch. parl.*, sesión del 25 de agosto).

(\*) Es decir bajo el imperio de pasiones populares violentas que las clases poseedoras han podido preocuparse de dirigir temporalmente. —N.

(\*\*) De Kropotkin a Bertoni, Brighton, 6 de diciembre de 1911.

...‘‘Mil gracias por esa bella edición de la Grande Rivoluzione que acabas de llevar a buen fin.’’

...‘‘¿Envías un ejemplar a James Guillaume? Estará, sin duda, descontento porque no he aceptado su interpretación de la ley del 14 de agosto de 1792. Pero es ya verdadera. Ha terminado él mismo por encontrar que el párrafo 3 de esa ley fué añadido durante la sesión en la Asamblea, lo que hace que la palabra igualmente significa también repartidas. En cuanto a la diferencia entre ciudadanos y habitantes es patente para el que ha estudiado la cuestión de las tierras comunales. He encontrado la misma diferencia en la Italia meridional. Todo el tiempo desde el siglo XVI al XVII, los documentos distinguen entre ‘‘il Comune’’ y ‘‘gli abitanti’’...’’

(\*\*\*) Estas dos palabras son de lectura incierta en el esbozo de escritura muy apresurada.



—“Tú debes, antes de permitirte (\*) sobre las tierras comunales, estudiar la cuestión como lo he hecho yo”.

Perdón. Yo no pretendo tratar la cuestión de las tierras comunales; me limito a una cosa más modesta y al alcance: verificar las fechas y los textos de los decretos y también de los proyectos de decretos, y es lo que no has hecho, ni el de Avaline, que apareció en folleto, ni el de Mailhe del 25 de agosto que apareció en los Archivos.

No se trata de mi opinión y de la de los historiadores franceses sobre las cuestiones comunales, sino únicamente de lo que se ha dicho y que rió en las asambleas revolucionarias por los partidos.

En lugar de ergotear sobre frases del informe de Fabre, que tú pretendes que yo interpreto mal, es preciso, para saber lo que ha querido el Comité de agricultura de la Convención, de que Fabre es el intérprete, leer su proyecto de decreto adaptado por él desde el 29 de marzo; y es a la luz de ese proyecto que se comprende el verdadero alcance del discurso de Fabre. Se ve que ese proyecto de decreto es simplemente la ley de ejecución del decreto del 14 de agosto; esa es “la tarea importante que esa ley le había dejado para realizar (al Comité)”. Por tanto, la ley no ha sido derogada por el decreto del 11 de octubre como has creído (pág. 536 de tu libro), ni anulada como tú me lo has repetido en tu carta del 26 de junio: el Comité de agricultura de la Convención es considerado como encargado de presentar medidas de ejecución para esa ley, que estaba en vigor como principio, aunque todavía no ejecutada.

—Tú no me dices nada de las pruebas perentorias dadas por mí que los girondinos no eran de ninguna manera adversarios de las medidas con-

(\*) Faltan las palabras: la menor apreciación; véase la carta de Kropotkin del 7 de julio que Guillaume discute aquí.

tenidas en el proyecto de decreto Fabre, cuyos primeros artículos fueron adoptados desde el mes de abril, y que, si el voto definitivo se postergó hasta el 10 de junio, se debió a otras causas que a la hostilidad de los girondinos.

“Juzga de la obra de la legislativa por sus leyes, no por las hipótesis”. Tú pronuncias la propia condena: soy yo el que me atengo a las leyes y a los hechos, y tú quien nada en las hipótesis y los errores materiales.

... ..  
En una de las primeras notas de Guillaume se lee todavía:

“El número 2261 de Dalloz (citado por Kropotkin) está en la página 264 ( y no 265); la nota comienza en página 264 y termina en 265; no hay allí absolutamente nada que anuncie el decreto del 14 de agosto. — ni en todo el resto de las páginas 264 y 265.

“En cambio se ve en la nota 2 de la pág. 264, que en Monceau-les-Loups el 9 de septiembre de 1792, hay un acta de fecha 9 de septiembre de 1792 “hecha en asamblea de los habitantes de la comuna de M.-les-Loups, distrito de Lussy (?), departamento del Aisne, por el cual se ha convenido en repartir, por hogar de familia, sus bienes comunales, bajo condición de que ningún beneficiado podría vender ni hipotecar su lote y que a la extinción de las familias los herederos que no fuesen de la comuna no tendrían ningún derecho”. Este reparto ha sido anulado por decreto en consejo de Estado el 26 de noviembre de 1808, por la razón que “no hubo verdadero reparto de los fondos comunales de M.-les-L.; que es más bien un reparto de los disfrutadores de dichos fondos, pues los detentadores no pueden ni venderlos ni hipotecarlos; considerando que la ley del 9 ventoso, año XII, (29 de febrero de 1804), dada con motivo de los repartos hechos en virtud de la ley del 10 de junio de 1793, no es aplicable a un reparto hecho anteriormente a esa ley, y contrariamente al modo que prescribe...”

# MARX Y PROUDHON

Publicamos dos curiosos documentos que sugieren un mundo de reflexiones. Se trata de una carta de Carlos Marx a Proudhon y de la respuesta de éste. El temprano proudhonismo de Marx recibe una nueva confirmación. Pero Proudhon comprendió la naturaleza de su joven admirador y le dió en su respuesta una hermosa lección, que Marx no le perdonó jamás. Poco después el autor de “El Capital” escribió la “Miseria de la filosofía”, contra Proudhon, una obra que predice los libelos antibakuninianos posteriores.

La primera de las cartas recién se ha dado a conocer ahora; la segunda forma parte de la colección de la correspondencia de Proudhon, publicada por una de sus hijas en catorce volúmenes.

Dice así Marx:

“Mi querido Proudhon:

Me propuse con frecuencia escribirle desde que salí de París; circunstancias independientes de mi voluntad me lo han impedido hasta el presente. Le ruego que crea que un exceso de trabajo, los inconvenientes de un cambio de domicilio, etc., son los únicos motivos de mi silencio.

Y ahora, sobre todo, saltamos en *medias res*. Conjuntamente con dos de mis amigos, Federico Engels y Felipe Gigot (los dos en Bruselas) he organizado con los comunistas y los socialistas alemanes una correspondencia seguida, que deberá ocuparse de la discusión de cuestiones científicas y de la vigilancia a ejercer sobre los escritos populares y la propaganda socialista, que se puede hacer en Alemania por ese medio. El objetivo principal de nuestra correspondencia será sin embargo el de poner a los socialistas alemanes en relación con los socialistas franceses e ingleses, el de tener a los extranjeros al corriente de los movimientos socialistas que se operen en Alemania e informar a los alemanes en Alemania de los progresos del socialismo en Francia y en Inglaterra. De esta manera las diferencias de opinión podrán manifestarse; se llegará a un cambio de ideas y a una crítica imparcial. Ese es un paso que el movimiento social habrá dado en su expresión literaria a fin de desembarazarse de los límites de la nacionalidad. Y en el momento de la acción, es ciertamente de un gran interés para cada uno el estar al corriente del estado de los asuntos en el extranjero tanto como en el propio país.

Aparte de los comunistas de Alemania, nuestra correspondencia comprenderá también a los socialistas alemanes en París y en Londres. Nuestras relaciones con Inglaterra están ya establecidas; en cuanto a Francia, creemos todos que no podemos hallar un mejor corresponsal que usted: usted sabe que los ingleses y los alemanes le han apreciado hasta el presente mejor que sus propios compatriotas.

Usted ve, pues, que no se trata más que de crear una correspondencia regular y de asegurarle

los medios para seguir el movimiento social en los diferentes países, de llegar a un interés rico y variado que el trabajo de uno solo no podría nunca realizar.

Si usted quiere acceder a nuestra proposición, los gastos de correo de las cartas que le sean enviadas como de las que usted envíe, serán sufragadas aquí, pues las colectas hechas en Alemania están destinadas a cubrir los gastos de la correspondencia.

La dirección a la cual usted escribirá aquí es la del señor Philippe Gigot, 8 rue Bodendrock. El será también el que tendrá la firma de las cartas de Bruselas.

No tengo necesidad de agregar que toda esta correspondencia exige de su parte el secreto más absoluto; en Alemania nuestros amigos deben obrar con la más grande circunspección para evitar el comprometerse.

¡Respóndanos pronto y crea en la amistad muy sincera de su abnegado —

Charles Marx.

Bruselas, 5 de mayo de 1846.

P. S. — Le denuncié aquí a M. Grun en París. Ese hombre no es más que un caballero de industria literario, una especie de charlatán que quisiera el comercio de las ideas modernas. Trata de ocultar su ignorancia bajo frases pomposas y arrogantes, pero no ha conseguido más que hacerse ridículo por su galimatías. Además, ese hombre es peligroso. Abusa del conocimiento que ha establecido con autores de renombre gracias a su impertinencia, para hacerse con ello un pedestal y comprometerlos así ante el público alemán.

En su libro sobre los socialistas franceses se atreve a llamarse el profesor (Privatdozent, dignidad académica en Alemania) de Proudhon, pretendiendo haberle descubierto los axiomas importantes de la ciencia alemana y censura sus escritos. Guárdese, pues, de ese parásito. Tal vez le vuelva a hablar más tarde de este individuo.

Aprovecho con placer la ocasión que se me ofrece por esta carta para asegurarle cuán agradable es para mí el entrar en relación con un hombre tan distinguido como usted. En la espera, permítame decirme suyo.

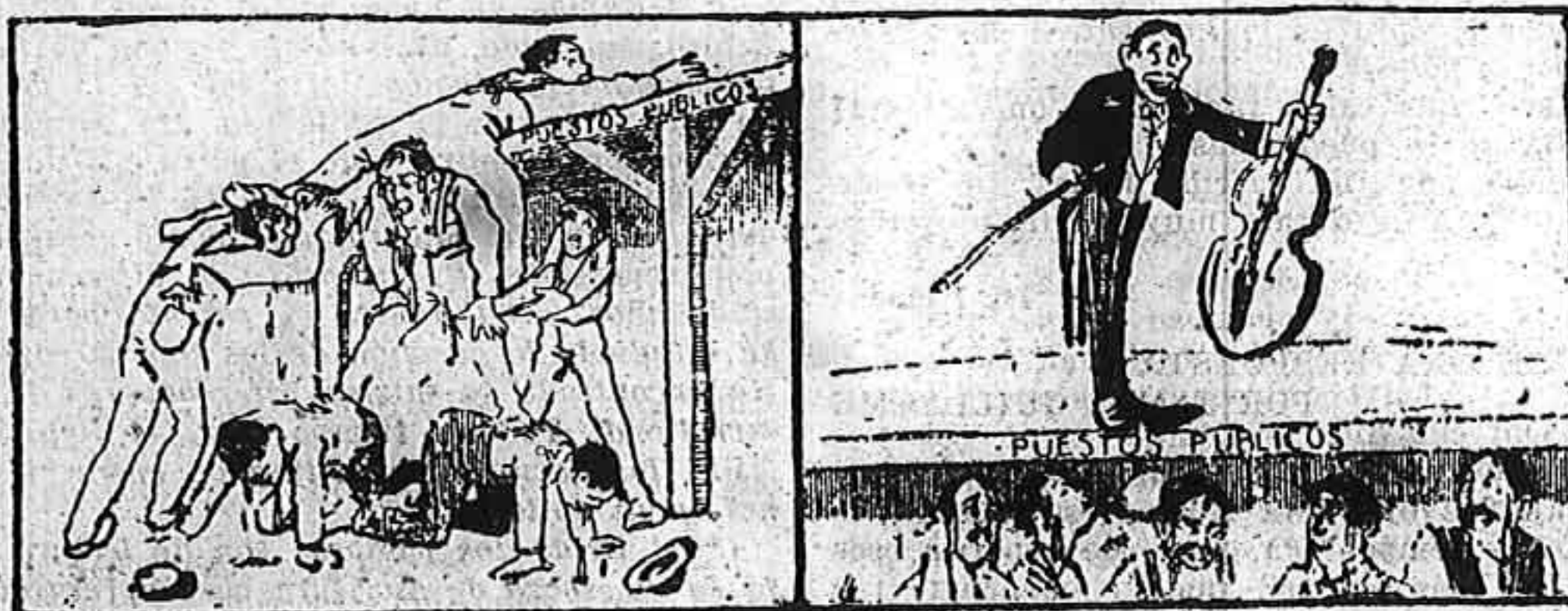
Philippe Gigot.

En cuanto a mí, no puedo menos que esperar que usted, señor Proudhon, aprobará el proyecto que acabamos de proponerle y que tendrá la complacencia de no rehusarnos su cooperación.

Asegurándole el profundo respeto que sus escritos me han inspirado hacia usted, soy atentamente suyo —

Federico Engels.

## Hoy... como ayer





En respuesta a lo anterior, Proudhon escribió la siguiente carta:

Lyon, 17 de mayo de 1846.

Al señor Marx —

Mi querido señor Marx, consiento de buena gana en ser uno de los miembros de su correspondencia, cuyo objetivo y organización me parece que deben ser muy útiles. No le prometo, sin embargo, escribirle ni mucho ni a menudo; mis ocupaciones de toda especie, unidas a una pereza natural, no me permiten esos esfuerzos epistolares. Tomaré también la libertad de hacer algunas reservas, que me son sugeridas por diversos pasajes de su carta.

Ante todo, aunque mis ideas en materia de organización y de realización estén en este momento por completo definidas, al menos por lo que se refiere a los principios, creo que es de mi deber, que es del deber de todo socialista, conservar por algún tiempo aún la forma antigua o dubitativa; en una palabra, yo hago profesión con el público de un antidogmatismo económico casi absoluto.

Busquemos juntos, si usted quiere, las leyes de la sociedad, el modo como se realizan esas leyes, el progreso según el cual llegamos a descubrirlas; pero ¡por dios! después de haber demolido todos los dogmatismos a priori, no pensemos, a nuestra vez, en adoctrinar al pueblo; no caigamos en la contradicción de su compatriota Martín Lutero, quien, después de haber derrocado la teología católica, se puso de inmediato con grandes refuerzos de excomuniones y de anatemas a fundar una teología protestante. Desde hace tres siglos Alemania no se ha ocupado más que de destruir el remiendo de M. Lutero; no cortemos al género humano una nueva labor por nuevas confusiones. Aplaudo de todo corazón su pensamiento de producir un día todas las opiniones; hagamos una buena y leal polémica; demos al mundo el ejemplo de una tolerancia sabia y previsora, pero, porque estemos a la cabeza del movimiento, no nos hagamos jefes de una nueva intolerancia, no nos figuremos apóstoles de una nueva religión; aunque esa religión fuera la de la lógica, la religión de la razón. Acojamos, estimulemos todas las protestas; anatematicemos todas las exclusiones, todos los misticismos; no consideremos nunca una cuestión como agotada, y cuando hayamos empleado hasta nuestro último argumento, volvamos a comenzar, si es preciso, con la elocuencia y la ironía. Con esta condición, entraré con placer en su asociación, sino, no.

Tengo también que hacer alguna observación sobre estas palabras de su carta: En el momento de la acción. Tal vez conserva usted la opinión de que ninguna reforma es actualmente posible sin un golpe de mano, sin lo que se llamaba antes una revolución, y que no es al fin de cuentas más que una sacudida. Esa opinión, que yo concibo, que yo excuso, que yo discutiría de buena gana, habiéndola yo mismo compartido largo tiempo, le confieso que mis últimos estudios me la han hecho revisar completamente. Yo creo que nosotros no tenemos necesidad de eso para triunfar; y que en consecuencia, no debemos plantear la acción revolucionaria como medio de reforma social, porque ese pretendido medio sería simplemente un llamado a la fuerza, a la arbitrariedad,

en una palabra, una contradicción. Yo me planteo así el problema: hacer entrar en la sociedad, por una combinación económica, las riquezas que han salido de la sociedad por otra combinación económica. En otros términos, convertir en economía política la teoría de la propiedad, contra la propiedad, de manera como para engendrar lo que ustedes, socialistas alemanes, llaman *comunidad*, y que yo me limitaré por el momento a llamar *libertad, igualdad*. Ahora bien, yo creo saber el medio para resolver, en breve plazo, ese problema: prefiero, pues, hacer arder la sociedad a fuego lento antes que darle una nueva fuerza haciendo una San Bartolomé de propietarios.

He aquí mi querido filósofo, donde estoy por el momento; salvo el engañarme, y si hay lugar, el recibir la férula de su mano; a lo cual me someto de buena gana, en espera de mi revancha. Debo decirlo al pasar que tales me parecen ser también las disposiciones de la clase obrera de Francia; nuestros proletarios tienen tanta sed de ciencia, que se sería muy mal acogido por ellos si no se tuviese que presentarles para beber más que sangre. En una palabra, sería en mi opinión una mala política para nosotros el hablar como exterminadores; los medios de rigor vendrán bastante; el pueblo no tiene necesidad para eso de ninguna exhortación.

Lamento sinceramente las pequeñas divisiones que, a lo que parece, existen ya en el socialismo alemán, y de lo cual sus quejas contra M. G... me ofrecen la prueba. Yo temo mucho que usted haya visto a ese escritor bajo una luz falsa; yo apelo, querido señor Marx, a su sentido sereno. G... se encuentra desterrado, sin fortuna, con la mujer y dos hijos, sin tener para vivir más que su pluma. ¿Qué quiere usted que explote para vivir si no las ideas modernas? Comprendo su cólera filosófica, y convengo en que la santa palabra de la humanidad no debería jamás constituir materia de tráfico; pero no quiero ver aquí más que la desgracia, la extrema necesidad, y disculpo al nombre. ¡Ah! si todos fuésemos millonarios, las cosas irían mejor; seríamos santos y ángeles. Pero es preciso *vivir*; y usted sabe que esta palabra no expresa todavía, ni con mucho, la idea que da la teoría pura de la asociación. Es preciso vivir, es decir comprar pan, leña, carne, pagar a un casero; y ¡a fe mía! el que vende ideas sociales no es más indigno que el que vende un sermón. Ignoro completamente si G... se ha presentado él mismo como siendo mi preceptor; ¿preceptor de qué? yo no me ocupo más que de economía política, cosa de que él no sabe casi nada; considero la literatura como un juguete de niña; y en cuanto a la filosofía, sé bastante para tener el derecho a burlarme de ella cuando llega la ocasión. G... no me ha descubierto nada absolutamente; si lo ha dicho, ha dicho una impertinencia de que estoy seguro que se arrepiente.

Lo que yo sé y estimo más que censura, un pequeño acceso de vanidad, es que debo a M. G..., así como a su amigo Ewerbeck, el conocimiento que tengo de sus escritos, mi querido señor Marx, de los del señor Engels, y de la obra tan importante de Feurbach. Esos señores, a mi ruego, han querido hacer algunos análisis para mí en francés (porque tengo la desgracia de no leer el alemán) de las publicaciones socialistas más importantes; y es a su pedido que debo insertar (lo que hubiese hecho por mí mismo también) en mi próxima obra, una mención de las obras de los señores

Marx, Engels, Feurbach, etc. En fin, G... y Ewerbeck trabajan en mantener el fuego sagrado entre los alemanes que residen en París y la deferencia que tienen para esos señores los obreros que les consultan me parece una segura garantía de la rectitud de sus intenciones.

Vería con placer, querido señor Marx, que rectificase un juicio producido por un instante de irritación; porque usted estaba encolerizado cuando escribió G... me ha testimoniado el deseo de traducir mi libro actual; he comprendido que esa traducción, precediendo a toda otra, le procuraría algún socorro; le quedaría, pues, muy agradecido,

así como a sus amigos no por mí, sino por él, si le prestase asistencia en esta ocasión contribuyendo a la venta de un escrito que podría sin duda, con su ayuda, darle más beneficio que a mí.

Si usted quiere darme la seguridad de su concurso, querido señor Marx, enviaré incesantemente mis pruebas a M. G..., y yo creo, no obstante sus agravios personales de que yo no quiero constituirme en juez, que esa conducta nos haría honor a todos.

Mil saludos a sus amigos, los señores Engels y Gigot.

Suyo abnegado — P. J. Proudhon.

R. MELLA

## LA NUEVA UTOPIA

### II

Si le fuese preguntado a cualquier habitante de la "Nueva Utopía" cuál era el régimen social que había hecho tales maravillas, contestaría sin vacilar: el de la libertad.

"Vivimos — diría — en un medio tal de equidad y de justicia, que cuanto mayor es el grado de libertad que alcanzamos, más sólido y más firme es el orden resultante. Las preocupaciones y los errores del pasado nos son poco menos que incomprendibles. Así no acertamos a explicarnos la necesidad que nuestros antepasados tenían de tantas reglas escritas a que llamaban leyes, cuando les hacían verdaderos esclavos, cuando les reducían a simples instrumentos de sus propios extravíos. No comprenderemos la utilidad de aquellas reuniones de representantes populares o privilegiados, y mucho menos la conservación de las instituciones denominadas poderes públicos, o podemos figurarnos cómo con tantas trabas y tantos y tan múltiples obstáculos, resultaba siquiera viable la vida social para el ciudadano. Todas estas cosas se han convertido para nosotros en curiosidades raras, y nos parece que los sabios gobernantes, los poderosos legisladores de aquellos tiempos tenían mucho de embaucadores, y los que les seguían y apoyaban mucho de esclavos voluntarios; que los llamados guardadores del orden eran verdaderos tiranos, déspotas infames, obedidos por cobardes sin sentimiento de la propia dignidad; que los padres espirituales eran unos forjadores de mentiras fantásticas para adormecer a los pueblos; que los llamados propietarios eran en puridad unos señores ladrones amparados por las leyes; que los jueces y magistrados, atribuyéndose el poder de la justicia, eran el amparo de los gobernantes. Los guardadores del orden; los propietarios, y los curas, diferentes engranajes de una máquina dispuesta para anular en los demás hombres todas sus cualidades más apreciables, la dignidad, la soberanía, la razón, el sentimiento, la justicia. Aquí vivimos como deben vivir los hombres. La función de gobierno es propia de cada uno, y todos somos completamen-

te libres. No discutimos el ejercicio de tal o cual derecho, ni disputamos a nadie lo que antes se llamaba derechos políticos o sociales. Todos gozamos de la plenitud de los derechos, y cada uno los ejercita como mejor le place. Nuestro único cuidado consiste en respetar a nuestros semejantes y cooperar con ellos al bien común al mismo tiempo que trabajamos y producimos para nosotros mismos. Si intentáramos dar reglas para el ejercicio del derecho, inmediatamente quedaría perturbado el orden social. No comprendemos el orden ni creemos que pueda existir sino como resultado de la más amplia libertad. Mediante ésta, nuestro camino es fácil y despejado. No tenemos por qué ni contra quién rebelarnos; no necesitamos luchar contra nadie ni batallar inútilmente. Las contradicciones todas de la vida están así resueltas, porque la armonía es el fruto natural de la conservación y mutuo respeto de todas las iniciativas, de todas las actividades. En resumen, todo nuestro problema se reduce a esto: satisfacer las necesidades sociales lo mejor posible con el menor gasto de fuerzas necesario, desenvolver cuanto más nos sea dable la esfera de nuestros conocimientos y nuestros placeres, y contribuir a la conservación de los múltiples elementos de la sociedad por la solidaridad de los intereses.

El sistema social de la "Nueva Utopía" es de una sencillez admirable. Sus dos principios fundamentales son la libertad y la igualdad. Por la primera el hombre usa de sus naturales disposiciones, emplea sus actividades, aplica sus fuerzas sin estorbos, sin razonamientos perniciosos; la naturaleza es su único límite. Por la segunda dispone de cuantos medios necesita para la traducción real de la primera, medios de producción, de estudio y de recreo que le colocan en identidad de condiciones con sus conciudadanos. El contrato o pacto es el único medio de relación, de transacciones, de acuerdo entre los diversos miembros de la sociedad. No hay un pacto único, general y terminante. Hay diversidad de contratos más o menos generales y variables, rescindibles y anulables.



Todos los elementos naturales, más los producidos por la labor continua de las generaciones, pertenecen al patrimonio universal. La propiedad privada de esos elementos ha sido desterrada de la "Nueva Utopía". El productor aislado o asociado cuenta siempre con la posesión usufructuaria de estos medios generales del trabajo.

La organización del trabajo es sumamente sencilla. En la agricultura se aplican diversos procedimientos de explotación, según la calidad y circunstancias del terreno y sus labores consiguientes. Diferentes asociaciones se dedican al cultivo, auxiliadas por los modernos aparatos adecuados al objeto. Tal o cual faena la realizan trabajadores aislados que prefieren los placeres del pequeño cultivo en la huerta y el jardín. Tal o cual otra, agrupaciones cooperativas de organización más en armonía con la necesaria división de los trabajos. Esta o la otra labor, pequeñas o grandes comunidades que la naturaleza misma de un trabajo uniforme reclama y necesita. Esta diversidad de procedimientos orgánicos hace más fructífera la producción y más fáciles las tareas del campo. Los extensos terrenos dedicados a cereales, las grandes huertas, los inmensos bosques se ven asiduamente cuidados por estos ciudadanos laboriosos e inteligentes que a su práctica reúnen conocimientos científicos suficientes para mejor realizar sus diferentes operaciones. Estas agrupaciones forman parte, por lo general, de grandes núcleos federativos, cuyo objeto es conservar y fomentar la solidaridad de los elementos componentes, asegurar el bien de la comunidad y prevenir los males imprevistos a la vez que conocer y establecer o fijar las necesidades de la producción, el cambio y el consumo en sus relaciones con las demás corporaciones económicas.

En la industria la diversidad es aún más notable. La variedad infinita de productos reclama una variación semejante de aplicaciones y procedimientos. El industrial aislado no es común en la "Nueva Utopía", porque las ventajas de la producción colectiva resultan de tal evidencia, que determina una mayor atracción entre los trabajadores. Por otra parte, el gran desarrollo de todas las industrias ha hecho, como en la ciencia, necesarias las especialidades y una meditada división del trabajo aumenta la producción y la perfecciona a cambio de pequeño gasto de fuerzas. Ha desaparecido, sí, el obrero de las minuciosidades, la especialidad exagerada, extremada por la ambición de los explotadores, porque esta ambición se ha trocado en loable estímulo de hombres libres por el bien general, y una más perfecta instrucción le permite ensanchar, a la vez que la esfera de sus conocimientos científicos, la de sus aplicaciones necesarias. Las asociaciones se fundan, generalmente, en la cooperación libre, como más apropiada a la naturaleza humana y a los fines sociales. La comunidad, como la explotación individual, constituye la excepción. Por aquel otro sistema o procedimiento, nadie se obliga a más de lo que puede o quiere y sin mermar la fuerza colectiva, se encuentra siempre dueño de sí mismo y en actitud de modificar las condiciones del contrato o de romperlo para reconstituirlo con otro u otros. En las grandes fábricas, estas agrupaciones se subdividen en secciones, según la naturaleza de los trabajos, y cada uno se asigna su faena y se organiza conforme a los fi-

nes de la misma. El ingeniero, el fundidor, el ajustador, todos concurren y cooperan a un mismo fin en la esfera de su especialidad y se completan sin necesidad del amo, del señor feudal de la industria en otros tiempos. Y lo que ocurre en la fábrica citada sucede en la de paños, en los talleres, en cuantas aportan su trabajo a las necesidades comunes de la sociedad. Sus federaciones son inmensas y se extienden por todo el territorio en perfecta armonía con las federaciones agrícolas, científicas y artísticas. Los conflictos están siempre resueltos por la libertad y para la libertad, y sólo así pueden subsistir tan vastísimos organismos. Estas relaciones federativas no se concretan a una localidad, no se encierran en el exclusivismo de un pueblo, sino que se mantienen con otros pueblos en correspondencia necesaria de reciprocidad, mutualismo y solidaridad de intereses y fines. Las agrupaciones agrícolas, las agrícola-industriales y las industriales, propiamente dichas, se relacionan frecuentemente y pactan y contratan sobre objetos determinados del momento o para el porvenir, y así, por la cooperación voluntaria y libérrima de tan variadas entidades, se convierte en realidad aquel sueño de los guerreros y tiranos de otras épocas, que pretendían reunir a todos los pueblos del mundo en una poderosa unidad de hecho y de derecho. El trabajo fundido en la libertad y en la igualdad de condiciones, es la aplicación sencilla de este suceso grandioso.

Al igual que la agricultura y la industria, las ciencias y las artes han tomado nuevos vuelos merced a este procedimiento de asociación. El carácter distintivo de esas agrupaciones es el de un individualismo originario más marcado. Agrúpanse para sus estudios y cooperan en sus obras los hombres de ciencia y los artistas, préstanse mutuo auxilio, pero la producción es más personal, más individualista. Aquí el productor, por la indole misma de su trabajo, se reserva una cierta independencia en sus faenas, un cierto aislamiento propio en quien necesita tanto de la soledad como de la cooperación, del trabajo subjetivo co-



mo del asociativo. El artista no vive sin los misterios de su estudio reservado; el hombre de ciencia sin los de su gabinete. Estos hombres de ciencia y estos artistas no son, comúnmente, seres privilegiados ajenos a toda producción directamente útil. El trabajo mecánico les es necesario para el equilibrio de su organismo, trabajan con ardor en diversas industrias o faenas agrícolas, según sus inclinaciones. El productor de la "Nueva Utopía" tiene tiempo para consagrarse a la ciencia y al arte. Si es naturalista, las faenas del campo son para él al mismo tiempo medio de estudio provechoso y ejercicio necesario para su cuerpo; si químico, las grandes fábricas de productos correspondientes, campos de experimentación extensísimos; si matemático, los inmensos talleres de mecánica, centros de observación y aplicación inapreciables; si pintor, la producción de los colores le ofrece nuevos horizontes a estudiar. No todos sin embargo, pueden dedicarse a este doble trabajo. El médico tiene sobradas penalidades con la curación y cuidado de sus semejantes; es necesario en la escuela, en el taller, en el campo y en el hogar. Si es músico o profesor de enseñanza, su misión bien definida le reclama al lado de la juventud. La ciencia y el arte no son, en fin, un misterio para nadie; están al alcance de todos.

Los tres órdenes de producción, agrícola, industrial e intelectual, forman un todo armónico en mutua correspondencia de relaciones y solidaridad. Se necesitan recíprocamente y se completan entre sí agrupándose por el lazo federativo en vastas asociaciones locales, regionales, continentales y universales. Este inmenso todo no obedece a reglas determinadas, ni subsiste por fuerza alguna extraña. Las fuerzas cohesivas de subsistencia, son fuerzas propias, naturales, que a ejemplo de la ley de gravitación en el mundo sideral, mantienen en equilibrio permanente las diversas agrupaciones elementales o simples y compuestas. Las reglas, las leyes porque se rigen y desenvuelven estos organismos son las inmutables de la sociología, deducidas de la naturaleza y libre y espontáneamente observadas por todos y cada uno.

Rotas todas las trabas, todos los diques que en la antigüedad viciaban el medio social de desarrollo biológico y torcían la evolución del progreso humano, esclavizando al hombre y fomentando el antagonismo y la guerra de los intereses, restituida la naturaleza humana a su estado de libre manifestación y desenvolvimiento, surge brillante y poderosa la armonía y la fraternidad de los hombres y los intereses, y se realiza sin violencia el perfeccionamiento evolutivo de la sociedad y el individuo por la doble compensación de la lucha por la existencia y la cooperación para la lucha. Por la primera, el estímulo necesario a la multiplicación de los productos entra en noble lid y da a la sociedad medios abundantes para satisfacer ampliamente sus necesidades morales, intelectuales y materiales. Por la segunda, se asocian las fuerzas y se conserva la energía y se encamina el bien común, evitando la perversión de la lucha y haciendo converger los opuestos estímulos a un mismo fin, el del mayor bienestar posible mediante el menor esfuerzo necesario. ¡Fruto magnífico de la libertad y de la asociación, verdaderas manifestaciones de las fuerzas centrífuga y centripeta del organismo social!

A semejanza de la producción, el cambio y el consumo en sus diferentes aspectos material, mo-

ral e intelectual, responden necesariamente al nuevo medio ambiente en que se verifican.

Conseguido ya el proceso de adaptación, consecuencia inmediata del cambio realizado en las instituciones humanas, nada hay con bastante poder para perturbar el magnífico orden establecido, nada hay con fuerza suficiente para anular los efectos de la libertad a tanto coste conquistada. Evolución, Revolución, Adaptación, tres períodos sucesivos y complementarios que han dado todo el vigor indispensable a la nueva idea realizada: he ahí la clave del problema.

La antigua forma del cambio, el comercio, sistema de holganza y latrocinio; la mentira del crédito y la circulación monetaria, organización de usura y bandolerismo, han sido destruidas, aniquiladas hasta en sus fundamentos. El verdadero cambio de los productos y su circulación regular implantada por la revolución, ha ido perfeccionándose por la evolución al mismo tiempo que la sociedad se perfeccionaba en sus hábitos, usos y costumbres. El crédito universal y gratuito, libre de todas las preocupaciones viejas, ha entrado como factor principal en este nuevo orden de cosas, y crédito y cambio juntamente resuelven el problema de la distribución de las riquezas, del consumo en todas sus variantes en armonía con el novísimo modo de producir.

El bazar y el mercado son grandes exposiciones de toda clase de productos, más que suficientes a satisfacer las necesidades locales. Cada productor, cada agrupación de productores, lleva al mercado o al bazar, si lo cree conveniente, el resultado de su trabajo, y lo lleva así a la circulación general. Cada productor o cada agrupación de productores hace sus emisiones personales o colectivas de valores representativos de trabajo realizado o a realizar, simples signos del cambio sin más valor que el trabajo y el crédito personal del trabajador. Cada productor o grupo de productores organiza, conforme a sus necesidades en el orden mismo de la producción y del consumo, el cambio y el crédito en sus relaciones con los demás productores o agrupaciones, y así por medios tan expeditivos, sin instituciones bancarias o comerciales de gusto anticuado, cada uno facilita cuanto puede o quiere a los demás, y en tanto quiere o puede, se utiliza así mismo de los otros. El interés, esa plaga social de los antepasados no existe aquí, y por esto precisamente ese sistema de confianza universal en el crédito y en el cambio puede realizarse libremente y en bien general del cuerpo social. El gasto de administración se reduce en el mercado y en el bazar a ínfimas proporciones que no alteran en nada el valor de los productos, y suprimida naturalmente la ganancia, una vez suprimido el comerciante, se verifica el ideal del cambio a precio de coste, el ideal del cambio entre trabajos equivalentes o iguales.

El obrero, el productor que realiza una obra a largo plazo, no tiene que pasar por las privaciones que parece indicar la falta de productos propios entregados a la circulación. Su cuenta corriente en el mercado o en el bazar, le permite tomar a cuenta de trabajo prometido cuanto necesita, y sus valores representativos y personales tienen el mismo valimiento que un producto realizado y cambiado. La teneduría social y privada resuelve todos los conflictos, todas las dificultades. El trabajador que inventa, que estudia, que



pinta, todos tienen, a falta de productos cambiables en el momento, crédito personal equivalente para cubrir todas sus necesidades.

Así el consumo no es un problema para nadie, no es un abismo de miseria para el trabajador. Aquí la comunidad facilita a todos lo necesario a cambio del esfuerzo posible; allí la cooperación establece la distribución por medio del cambio, de la reciprocidad de los servicios; allá el esfuerzo individual encuentra su correspondencia equitativa en las transacciones con los otros trabajadores de la comunidad y de la asociación cooperativa. La solidaridad, la confianza social, mediante la libertad completa de las relaciones humanas, resumen en un solo interés común la infinita variedad de los intereses sociales, corporativos e individuales. Esta magnífica variedad, coronada por la unidad federativa de tantos y tan múltiples elementos, que no excluye ningún sistema, que los consagra todos, es el resultado inmediato de la producción colectiva, de la asociación de los esfuerzos y la consagración tácita de la libertad individual.

El hombre siente, piensa y obra. Este es un hecho de evidencia incuestionable. Todo obstáculo interpuesto en la libre manifestación de sus sentimientos, en la emisión de sus pensamientos y en la realización y disposición de sus obras, es un atentado contra la naturaleza, que ha querido garantizar al ser humano aquellos tres modos de producirse personal y colectivamente. Es, pues, por la libertad inherente a su personalidad que dirige sus sentimientos, publica y propaga sus pensamientos, concluye y distribuye sus obras. Es también por esta misma libertad que elige el modo y medio de producir, cambiar y consumir socialmente considerado. Dispone cómo y cuándo le place de sus sentimientos, de sus pensamientos y de sus obras, de todas sus exteriorizaciones individuales. Si quiere reservarse el derecho de cambiar sus productos, nadie se lo impide; si quiere concederlos a la comunidad, nadie se lo estorba; si quiere entregarlos a la cooperación, nadie se le opone. En el primer caso conserva la propiedad del producto, determinada personalmente, si es individual, o por medio del contrato, si es colectiva, hasta el instante mismo que lo entrega a la circulación. En el segundo renuncia a esta propiedad a trueque del derecho de apropiarse cuanto sea indispensable a sus necesidades. En el tercero participa de estos dos extremos y se

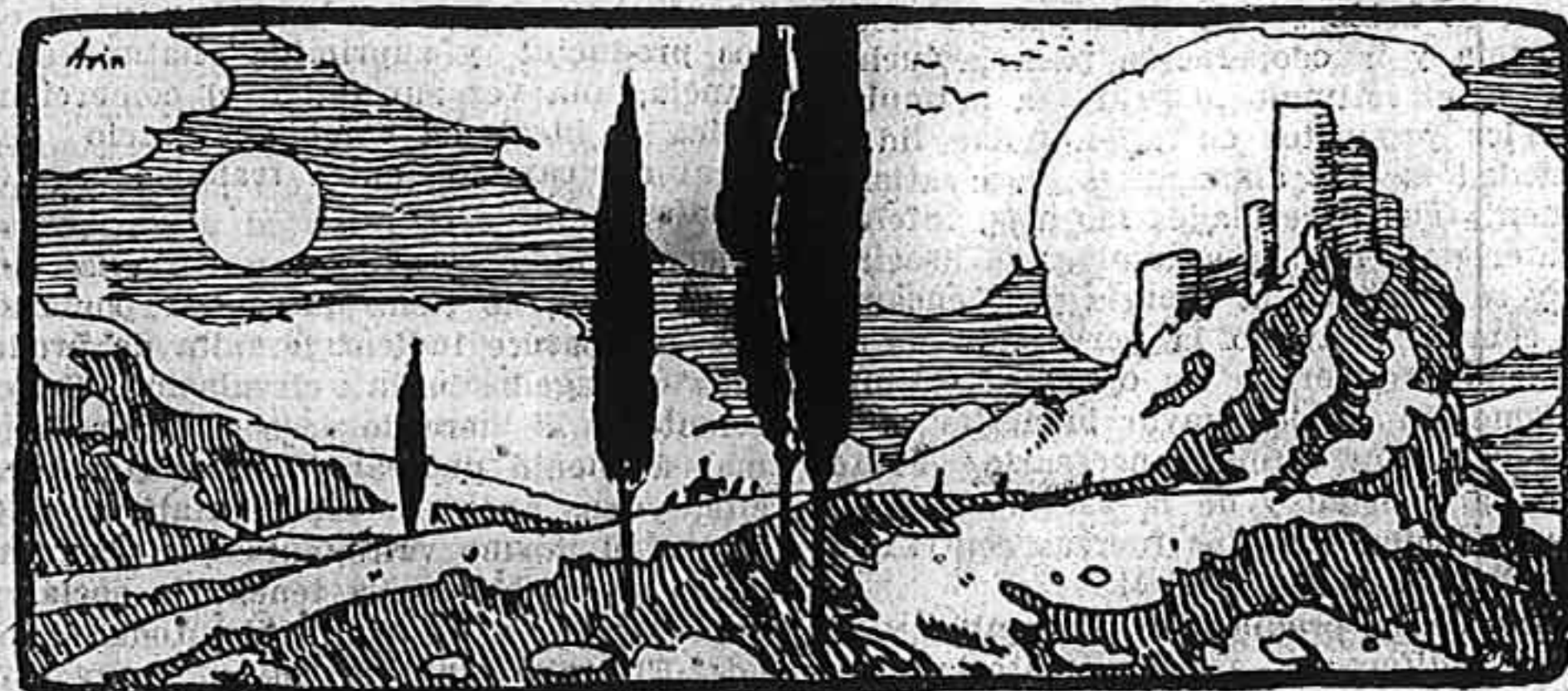
asegura del mismo modo la propiedad del producto y el derecho de apropiación de lo necesario a la vida por medio del cambio y del crédito. En todos los casos, la propiedad, garantía de su libertad personal, existe de hecho y de derecho. Ya dura el momento preciso que media entre la producción y la circulación; ya el que existe entre el instante de la circulación y el consumo; ya, en fin, a un mismo tiempo, estos dos momentos necesarios de la vida social. ¡Prodigio sólo dable a la libertad sin límites ni barreras!

Y este magnífico sistema comprende lo mismo al agricultor, al industrial, al artista, al hombre de ciencia, porque el ser humano no tiene solamente necesidades materiales, sino también morales e intelectuales; no sirve por y para el estómago con exclusión de todo otro término; sino que es a la vez sensible, pensante y productor y como tal sus necesidades son al propio tiempo físicas, psíquicas e intelectuales o ideales. Y así como se manifiesta en estas tres formas, se gasta y se reponen y consume del mismo modo si ha de mantener activa la energía de su organismo.

Ya no hay, pues, castas entre los hombres. Todos gozan de las comodidades materiales, de los placeres artísticos, de los gozos del estudio y de la ciencia. Todos son esencialmente iguales.

La "Nueva Utopía", realización de un sueño de muchos siglos, conquistado al fin, a pesar de todas las resistencias del pasado, ha llegado a ser la verdad del presente. ¡Verdad magnífica que ha unido a los hombres en la más noble de las aspiraciones, en el más alto concepto de la vida, la felicidad prometida en imaginarios mundos por los mercaderes de religiones y metafísicas venenosas y corruptoras! ¡Verdad sublime que ha establecido para siempre el reinado de la fraternidad universal! ¡Verdad grandiosa que ha destruido del mundo las infamias de tiempos remotos! ¡Verdad imperecedera que asegura a la humanidad la posesión y el goce de la Ciencia, la Libertad y la Justicia!

¡Nueva Utopía realizada, sueño de tantos héroes y tantos mártires, aspiración constante del ser humano, tus hijos te bendicen, te santifican y arrojan el manto de sus olvidos sobre todas las preocupaciones y errores del tiempo pasado! ¡El presente y el porvenir son tuyos! ¡Que nuestros sucesores te perfeccionen y te reverencien como nosotros te perfeccionamos y reverenciamos! ¡Que el progreso sea tu única ley, tu único fin, porque progresar es perfeccionarse, es gozar, es vivir!



## El precio del carbón



Más de 25.000 mineros norteamericanos murieron en los accidentes de trabajo de los últimos 10 años



DIAGORAS DE RODAS:

## SINTESIS HISTORICA DEL COMERCIO

### LA ESCLAVITUD Y LA EXPLOTACION

(Conclusión)

Las pequeñas tribus de negros, educados, podríamos decirlo, en este ambiente de avaricia, realizaban "razzias" unos contra otros, para proveerse de esclavos: los jefes vendían a sus subordinados y a los simples individuos de sus tribus acusándoles de hechicería o de otros crímenes; los padres vendían a sus hijos; los acreedores a sus vendedores.

Ya tres mil años antes de la era cristiana los egipcios habían alcanzado un grado de civilización como lo demuestran las pirámides que habían construido. Encerrados en un valle de 800 kilómetros, pero aglomerados a lo largo del Nilo, en un espacio relativamente estrecho, no concian el mar y su régimen de castas oponíase al comercio. Bajo el nuevo Imperio, a partir del año 1600 próximamente, antes de J. C., habían entrado en relaciones con la Fenicia, la Siria y las orillas del Mar Rojo por medio de caravanas que les llevaban especias, sándalo y mirra. En el último período, hacia el año 600 antes de J. C., llegaron a Egipto los comerciantes griegos. La Mesopotamia era una región agrícola de gran fertilidad que necesitaba tanto metales como materias primas. Desde el año 3000 antes de la era cristiana, Babilonia era un activo mercado al que, de la Arabia al Sur, de la Siria al Oeste y de la Persia al Oriente, llegaban metales preciosos. Los asirios extendieron su dominación a Babilonia, la Armenia, la Siria, a una parte del Irán y de la Palestina, de suerte que los mercaderes podían dirigirse a Nínive con toda seguridad. El imperio persa que sucedió a los asirios, extendíase desde el Mediterráneo al Indo y desde el océano Indico al mar Negro y al Caspio, cubriendo de este modo una superficie mayor que la mitad de la Europa moderna.

Hasta su destrucción por Alejandro (330 antes de J. C.) abarca todo el comercio del Oriente.

Herodoto hace remontar el origen de la enemistad entre griegos y persas a un acto de la más pura piratería de los fenicios. Habiendo éstos llevado mercancías del Egipto y de Asia a Argos, entonces la más bella ciudad de Grecia, estuvieron vendiendo por espacio de cinco o seis días. Habían vendido casi todo y en ocasión en que un grupo de jóvenes griegas hacían compras cerca de la popa de los navíos, los fenicios apoderáronse de ellas, entre las que se encontraba la hija del rey Inaço y condujéronla a Egipto.

Por represalias, los griegos robaron a Europa, hija del rey de Tiro, y a Medea, hijo del rey de la Cólquida. Entonces París robó a Elena; de ahí la guerra de Troya que costó la vida a 886 mil griegos y a 676.000 troyanos. Los persas, mostrando su indiferencia ante las mujeres, de-

ciaban que ellos no habían jamás tenido en cuenta las mujeres que les habían sido robadas, y que era una locura vengarse de un rapto (13).

Los griegos ofendíanse por los robos de mujeres, mientras que los orientales no admitían que se les concediese tal importancia a asuntos que para ellos eran completamente nulos. Con respecto al comercio, los fenicios únicamente perseguían el beneficio: no buscaban un enemigo o un rival para luchar con él, sino para utilizarlo.

Mostráronse así a los ojos de los hebreos durante todo el tiempo que éstos poseyeron el golfo de Akabah al nordeste del mar Rojo; y ante los egipcios, en unión de los cuales emprendieron el año 608 antes de J. C. el viaje de circunnavegación alrededor del Africa (14). Ellos habían tenido mucho antes relaciones con las costas del Africa, de la Arabia y de la India, y a las cuales se daba el nombre general de Ophir, que comprendía probablemente el Africa Oriental del Sur (15).

Los fenicios colonizaron el Mediterráneo; dotaron a los griegos y a todas las naciones modernas del alfabeto, más no dejaron obras de arte.

Cartago, colonia fenicia fundada en el siglo IX, había alcanzado un gran desenvolvimiento y era tan extremado que impedía a sus ciudadanos aprender el griego. El pueblo que la gobernaba formaba una casta tan inaccesible que no concedía jamás el derecho de ciudadanía a ningún extranjero, en tanto que los romanos nacionalizaban a sus vecinos y hasta les daban acceso al Senado.

Cartago sólo tenía para oponerlas a sus enemigos, fuerzas mercenarias, soldados mercenarios, excelentes, conducidos por oficiales de los que Aníbal es el tipo; además tenía su flota, en la que los remeros eran esclavos del Estado, bien entrenados y los marineros tan hábiles como audaces. Cuando fué destruida por los romanos en el año 146 antes de J. C. éstos no reemplazaron el comercio de aquella, desapareciendo del Mediterráneo, abandonado a los piratas.

Atenas fué puerto de depósito, alimentado por las colonias jónicas extendidas por el archipiélago, el Asia Menor, Italia y la Galia, a las que a su vez expedía aquella los frutos de que necesitaban. Su apogeo duró durante la tregua de los Treinta años (443 antes de J. C.) y el comienzo de la guerra del Peloponeso (429).

En el año 65 antes de Jesucristo, César y Craso, al ver el florecimiento del Egipto, rico país en trigo y otros cereales, proclamaron su conquista.

La ley Claudia (238 antes de J. C.), prohibió a los senadores y a sus hijos, obtener provecho de los navíos y tener intereses en las adjudicaciones públicas; por esta restricción, dicha ley

creó dos clases de asociados, reclutada una especialmente entre los caballeros, que especuló a la luz del día, en tanto que los senadores estaban reducidos a especulaciones ocultas. Aquellos — dice Mommsen — constituyeron una aristocracia financiera que debilitó al Senado en provecho del cesarismo. Esta ha sido la consecuencia de la moral de Catón, que entre el "prestamista y el asesino no hallaba diferencia alguna".

Cicerón dejáronos en sus escritos contra Verrés la manera con que los vencedores explotaban a los vencidos; y cuando él mismo gobernó la Sicilia, vióse obligado a luchar a brazo partido con hombres como Bruto, que exigía de los habitantes de Salamina el interés de un 48 por ciento.

En la antigüedad, los templos eran lugares de transacción. En ellos las fiestas eran, más que nada, ferias que ofrecían una seguridad mayor que cualquier otro lugar. Con razón dijo Curcius:

"Los dioses fueron los primeros capitalistas del país; los templos las primeras instituciones financieras; los comerciantes confiaban su dinero a los sacerdotes que les ofrecían más garantía y seguridad que cualquiera; y los sacerdotes hacían de banqueros".

La edad media dispuso de un sistema comercial que tenía por norma que el clan, como la tribu, deben bastarse a sí mismas. De este modo, cada granja, cada abadía, cada villa, debían bastarse a sí propias. Las grandes ciudades de esta Edad contaban entonces de 10.000 a 20.000 habitantes.

La toma de Alejandría por los árabes cortó el camino de las Indias, que se siguió a través de la Tartaria Independiente, los establecimientos griegos del mar Negro y Bizancio. Por las cruzadas, los venecianos entraron en relaciones con aquellos y en 1172 el emperador Manuel Commeno apoderóse traidoramente de sus navíos y mercancías.

Desde 1580 a 1640, Portugal fué absorbida por España que cerró el puerto de Lisboa al comercio y empeñó a Portugal en la guerra contra los Países Bajos.

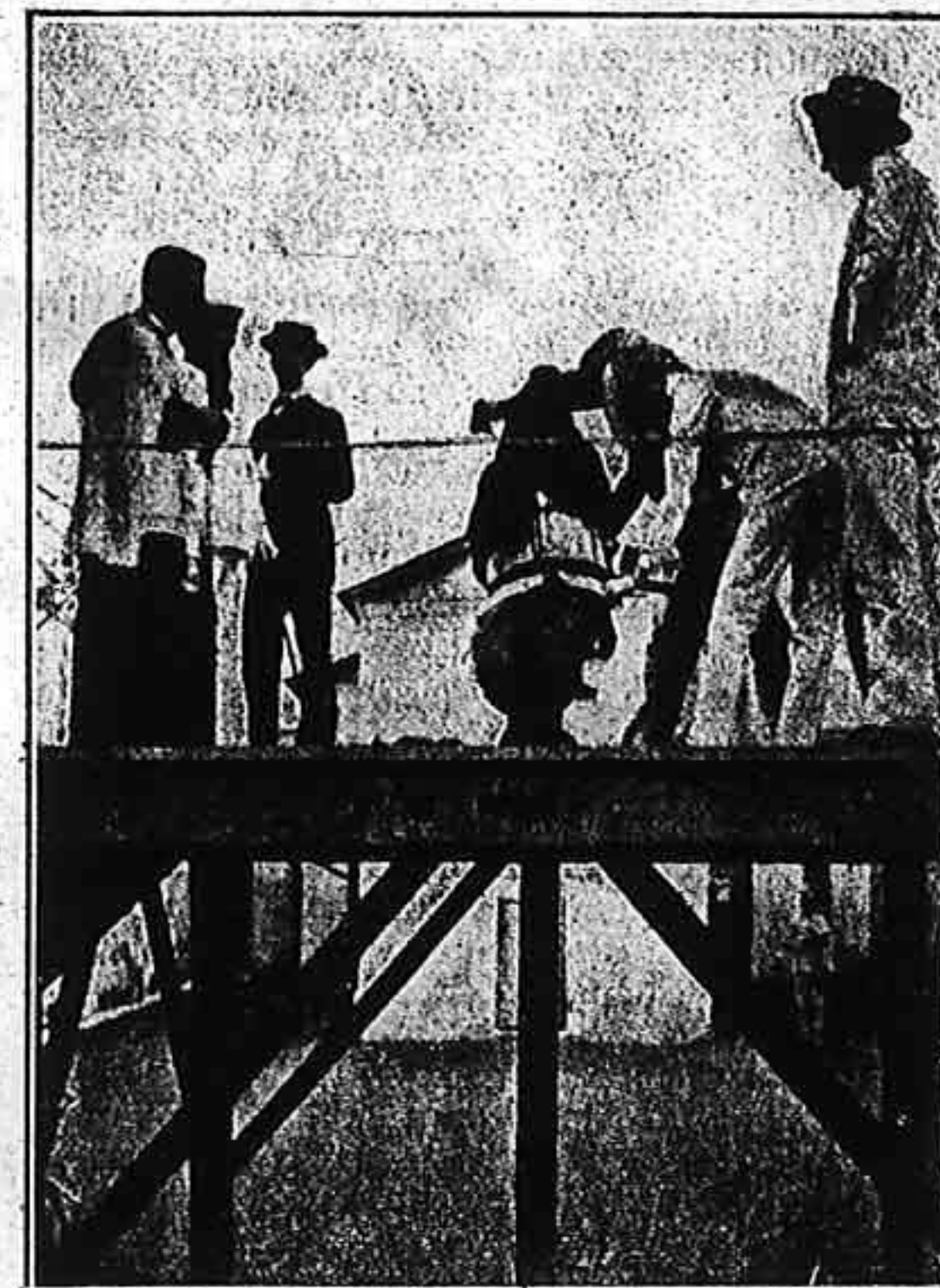
El gobierno español expulsó a los judíos en el mismo año en que Colón descubría a América, destruyendo las poblaciones y las riquezas del suelo.

Al comenzar el siglo XVII, los Países Bajos, libertados de España, hacíanse dueños de todo comercio. Los primeros habitantes de aquellas marismas probablemente eran fugitivos de tiranías o de invasiones que refugiáronse en ellas. Tal fué siempre el origen de las naciones que alcanzaron un desarrollo regular, tales como Tiro, Cartago, Venecia, etc.

Constituidos los grupos del clan, tribu, etc., el derecho estaba regulado por la misma costumbre. Cada jefe tenía una autoridad, limitada por la tradición de los antepasados, colocada bajo la protección de poderes sobrenaturales. El repartía las tareas de todo miembro, y los bienes; el ideal era la posición de cada uno.

En Atenas mismo, en los tiempos de Demóstenes, en que ya se sabía leer y escribir con la misma prolijidad y corrección que hoy día, "los comerciantes reclamaban pocos testigos cuando percibían, pero hacían venir gran número de ellos cuando pagaban" (16). Afirmaba que "las leyes quieren que toda promesa libremente hecha sea

## Civilización moderna



Ajusticiamiento por el "garrote" en Filipinas

obligatoria". El derecho ateniense estaba basado en el respeto a los convenios y Roma ha tomado este derecho de los griegos. La avaricia del romano era verdadera, mas buscaba su riqueza en la guerra, por eso adoptó los dioses de otros pueblos y la filosofía de los griegos encontrábase bastante útil para el desarrollo del comercio.

Platón da una justa definición del comercio diciendo que "tiene por objeto proveer a las necesidades de los particulares, suministrándoles las cosas precisas para la vida, comunes a todos". Pero, "las cosas del comercio no se reputan honrosas ni honorables". Platón mismo nos da la explicación: "El hostelero, en vez de tratar bien a los viajeros, trátalos igual que a enemigos y cautivos, de los que exige un exorbitante rescate, injusto e impuro".

Si los hombres de bien y las mujeres virtuosas de cada país se vieran obligadas a ejercer las profesiones de hostelero, de mercader, del comercio durante un cierto tiempo, conoceríamos entonces cuán caras son estas profesiones para la humanidad" (17).

Pero hemos de tener presente que Platón habla, no en bien del interés, que para sí se reserva el comercio, sino en el cambio regulado y justo que, a la par de ser beneficioso, es equitativo.

El comercio en la actualidad ha corrompido todas las conciencias, del mismo modo que es la única forma de vida existente. Tiene todo acaparado. Los hombres de medianos conocimientos están tan arraigados en él y es tal lo que ha influido en este ambiente que nada hay que opo-



vuelve. Tan justo y legal resulta que nadie osa decir en su contra una palabra. Sin embargo, justo es reconocerlo, su identificación es el robo que, desde ha muchísimos siglos, hízose de una manera espontánea. La mitología griega, ante él, ha forjado un solo dios para ladrones y comerciantes: Mercurio, que, con la bolsa de oro en la mano y alas en los pies, marcha con el aire de Cresos.

Hemos visto que el origen del comercio tuvo su base en la esclavitud, y para conservar su prepotencia, su dominación, aun tiene sumidos a la mayoría de sus subordinados. No obstante, pudimos apreciar que su significado tanto histórico como moral, no es el interés ni la usura, sino el cambio legal. ¿Llegaremos algún día a establecer de nuevo sobre la tierra la misión que está destinado a desempeñar.

No somos nosotros los que tiramos contra el comercio, no. En este caso se nos consideraría inconsecuentes e inmorales, lo que sí combatimos y combatiremos, es el agiotaje, el robo despiadado y sin contemplaciones. Del mismo modo que aspiramos a una sociedad de dicha para todos, así también tenemos que apreciar el sistema de cambio, como un factor de los más importantes para el desenvolvimiento de la vida. Nunca podremos olvidar lo que ha sido el comercio en un tiempo ya lejano para la humanidad; no podemos olvidar su eficacia, pero sí queremos llevarlo a su primitivo cauce; allí dará sus frutos.

¡Antes de repartir, comenzad por producir! — nos dicen los demócratas. ¡Oh, sí! muy bella frase. Pero ¿para quién hemos de producir? Para vosotros ¿no es verdad? ¡Ah, mendicantes! ¿Se os olvidó que el producto alcanza para otros tantos habitantes y más aun de los que hay actualmente?

Muy caritativos son estos demócratas.

- (13) Herodoto. *Los nueve libros de la historia.*  
 (14) I. Guyot: *El comercio y los comerciantes.*  
 (15) Skeane.  
 (16) Demóstenes: *Oraciones escogidas.*  
 (17) Platón: *Las leyes.*

## CALENDARIO SUBVERSIVO

### FEBRERO

- 1 **Miércoles:** 1908. — Son muertos el rey Carlos de Portugal y el príncipe heredero.  
 2 **Jueves:** 1904. — Muerte del socialista Antonio Labriola.  
 3 **Viernes:** 1813. — Abolición del Tribunal de la Inquisición en España.  
 4 **Sábado:** 1869. — El Centro Federal de Barcelona se adhiere a la Internacional.  
 5 **Domingo:** 1879. — Petrogrado: Atentado de Vera Sassoulicht.  
 6 **Lunes:** 1900. — Muere en París el revolucionario ruso Pierre Lavroff.

7 **Martes:** 1524. — Nace el poeta Luis Camoens.

8 **Miércoles:** 1902. — Huelga general en Barcelona.

9 **Jueves:** 1619. — Julio César Vanini es condenado, como ateo, al tormento del fuego.

10 **Viernes:** 1874. — Muere el célebre historiador Julio Michelet.

11 **Sábado:** 1859. — Apertura del primer Parlamento toscano.

12 **Domingo:** 1813. — Supresión de la Inquisición en España.

13 **Lunes:** 1820. — Atentado de Louvel contra el duque de Berry.

14 **Martes:** 1468. — Muere Gutenberg, inventor de la imprenta.

15 **Miércoles:** 1872. — Rimini: Primer congreso it. de la Internacional.

16 **Jueves:** 1890. — Empieza a publicarse "El Proletario" en San Feliú de Guixols.

17 **Viernes:** 1836. — Nace en Sevilla el poeta Gustavo Adolfo Becquer.

18 **Sábado:** 1880. — Abolición de la esclavitud legal en Cuba.

19 **Domingo:** 1413. — Nacimiento de N. Copérnico.

20 **Lunes:** 1846. — Narciso Monturiol, con Regina Pagés y Montaldo fundan en Barcelona el periódico "El Padre de Familia" cabetista.

21 **Martes:** 1819. — Asesinato de Kurt Eisner.

22 **Miércoles:** 1908. — Se declaran en huelga general los obreros ferrocarrileros del Uruguay.

23 **Jueves:** 1895. — Aparece en Barcelona el periódico "La nueva idea".

24 **Viernes:** 1198. — Muere el gran Averroes, ilustre filósofo árabe.

25 **Sábado:** 1901. — Aumenta la agitación de campesinos en todas las provincias meridionales de Italia.

26 **Domingo:** 1802. — Nace Víctor Hugo.

27 **Lunes:** 1848. — Proclamación de la segunda República francesa.

28 **Martes:** 1908. — F. Solano Regis atenta, sin éxito, contra el presidente Figueroa Alcorta.

29 **Miércoles:** Año bisiesto.

JEAN GRAVE

## Hay paquetes y paquetes

Bajo el pretexto que yo no admito el régimen bolchevique, un camarada americano, el Dr. Liber, en su revista *Rational Living*, adelantó que yo atacaba el socialismo y el comunismo.

Le he dirigido la siguiente respuesta:

Usted me acusa de atacar el socialismo, es una falsa acusación. Es verdad que, hablando de los comunistas — o al menos de aquellos que se etiquetan así — he dicho cuán poco en serio los tomaba. Hablando de los Soviets, he dicho que no veía de ningún modo lo que distinguía su régimen del zar, pero el concluir que yo atacaba al comunismo y al socialismo, querido camarada, usted adelantó la más hermosa falsedad posible. ¡Cómo habría de atacar yo al comunismo, yo que me proclamo comunista!

Hubo un socialismo que quería obtener para los humanos más bienestar, más justicia, más libertad. Sus medios no fueron siempre los nuestros, pero sus críticas fueron los primeros jalones de las reclamaciones de los explotados y, evolucionando, suscitó el anarquismo.

En el régimen social que esos primeros socialistas concibieron, se proclamaba la libertad del individuo, pero toda la organización social estaba basada en la autoridad. Había dirigentes que tenían plenos poderes, a los cuales la población no tenía más remedio que someterse.

La excusa de los autores de las primeras "utopías" era que estaban convencidos de que esos dirigentes no querían y no realizarían más que lo que era para todos lo mejor, que no era autoridad el querer lo que todos serían felices aceptando.

Su error era creer que las ideas, las necesidades, son las mismas para todos y que, por consiguiente, la misma medida puede aplicarse a todos.

Es evidente que, por algunos de esos sistemas — si los dirigentes hubiesen sido sinceros??? — se habría podido llegar a crear un cierto nivel de bienestar material para toda la población, pero en detrimento de su libertad, de su desarrollo intelectual.

Las misiones de los jesuitas en el Paraguay son un buen ejemplo de ello.

Han sido precisos años de crítica y una comprensión mejor de los hechos para llegar a comprender que no se crea la libertad por medio de la autoridad y que allí donde ésta se ejerce, no puede haber justicia real, verdadero bienestar.

Es de esa evolución de la idea socialista, de la crítica de todos los días, de lo que salió la idea anarquista que, habiendo comprendido que en la organización social, era preciso tener en cuenta las aspiraciones individuales, no puede tener regla única que se aplica a todo el mundo y que la autoridad, aun ejerciéndose honestamente, no era ni más ni menos que un abuso de poder, una opresión.

Oh, sí, somos nosotros, los anarquistas, los herederos directos de los primeros socialistas.

Y mientras que el anarquismo, aun desprendiéndose de los errores del socialismo, aun continuando su obra principal: la lucha contra la explotación, contra los abusos, para instaurar un régimen social que aportase más bienestar, más libertad, más justicia para todos, se formó otra escuela que, aun conservando la etiqueta, no constituyó más que una variedad politiquera para la conquista del poder.

De esos pseudo-socialistas han surgido los comunistas, no menos "pseudos" que ellos, que no ocultan tampoco bajo esa nueva etiqueta más que un apetito feroz de poder, que no tiende sino a reemplazar a los burgueses en el gobierno, sin perjuicio de, una vez instalados, no obrar mejor que aquellos a quienes reemplazaron.

Y, en efecto, entre nosotros, en Francia, en la hora actual, vemos en los que se proclaman comunistas hacer todos la guerra a sus hermanos de la víspera para apoderarse de su clientela exagerando la nota para triunfar mejor.

Tienen, contra la burguesía, ataques que les sería fácil justificar si quedasen en la nota justa, pero que acaban por hacer absurdas a fuerza de declamaciones, de exageraciones. Por su "outrance", llevan al absurdo, lo que permite a los defensores burgueses quedar en buena postura para imponerse y tratar de aplicar lo que ellos "comunistas", pero habrían podido tomar la de tartufistas, con igual resultado. Son simples politicastros.

Que, entre los que les siguen, haya gentes convencidas, es posible, pero el estar convencido de una burrada eso no la hace más plausible ni más respetable. Ahora bien, a mí me gusta ver lo que se oculta bajo una etiqueta.

Entre nosotros, anarquistas, se deslizan farsantes que vienen a endilgarnos insanías como derivados de las teorías anarquistas. A esos falsos anarquistas les hago una guerra tan despiadada como a los pseudo-comunistas. ¿Me dirá por eso que hago la guerra a los anarquistas cuando no hago más que defender nuestro ideal contra las interpretaciones malsanas de los que tienden a desviar nuestro movimiento?

En cuanto a lo que pasa en Rusia, hablemos de ello:

Se halló un grupo de teóricos, procedentes de la escuela de Karl Marx en su mayor parte, para apoderarse del poder, bastantes fuertes como para imponerse y tratar de aplicar lo que ellos llaman socialismo y comunismo.

¿Cuál es el resultado?

Si había un país cuya población podía, fácilmente, adaptarse al régimen comunista, es la población rusa.

¿Qué han intentado en ese sentido los nuevos dirigentes?

Han ayudado — o dejado hacer — a los campesinos a apoderarse de la tierra a título individual, dejando así crear una nueva clase de propietarios, cuando por el "mir" estaban habituados ya a las prácticas comunistas.



En nombre del Estado se han apoderado de ciertas propiedades, pero no ha sido para ponerlas en manos de las asociaciones de los productores que las habrían hecho valer, sino para reforzar los medios de las autoridades.

Yo no veo nada de comunista ni de socialista en eso. Ellos, en nombre del Estado, han despojado a ciertos propietarios. Los burgueses dirigentes han obrado lo mismo en ciertos casos — con los bienes del clero, por ejemplo — lo cual no los convierte ni en socialistas ni en comunistas.

No atacan más que una parte de la propiedad, es lo que han hecho los dirigentes de los Soviets. Quedan en su sociedad capitalistas, propietarios, traficantes que continúan explotando a los que con ellos están en relaciones de negocios. El Estado mismo se ha convertido en traficante.

Una revolución, para ser social, debe hacer desaparecer esas clases de parásitos. Y, por consiguiente, debe aportar, al conjunto de la población, una más amplia parte de bienestar, si no, es condenada al aborto.

Ahora bien, según un informe sobre la situación en Rusia de uno de los dirigentes rusos, Rykof, leído por él en el quinto congreso de la Internacional comunista, se comprobaba que, por término medio, no se poseía más del 45 por ciento de la industria de antes de la guerra y que los salarios no tenían más que de 65 a 75 por ciento de su poder de compra de antes de la guerra.

Ahora bien, para llegar a ese resultado no había ninguna necesidad de hacer una revolución, una catástrofe económica, financiera e industrial enorme. El régimen burgués habría bastado para producir las mismas ruinas, las mismas miserias y se habrían economizado las víctimas caídas durante la lucha.

Además, este informe nos revela que el salario existe todavía en Rusia, característica de la organización capitalista, la negación más absoluta del comunismo, prueba irrefutable de la mentira de la etiqueta con que se han disfrazado.

¿Socialismo? ¿Comunismo? Vamos. Es preciso que vuestras nociones de libertad, de justicia, de bienestar para todos, sean bastante brumosas, bastante confusas bastante mal definidas para hacer caso de las palabras hasta este punto.

Esas gentes se apoderaron de una etiqueta y del poder social, económico y político para imponer, no sus concepciones, ni su voluntad, puesto que una a una han debido renunciar a sus teorías, para adaptarse a un estado de cosas que se imponía a ellos, y para dejar subsistir o renacer poco a poco el viejo estado de cosas que su revolución habría debido hacer desaparecer. Hablan en nombre del proletariado, pero son los esclavos de un orden social que no hace sino continuar el desorden económico burgués.

¿Qué ve usted de diverso en relación al régimen zarista?

En tiempo del zar, por intentar hacer conocer sus ideas uno era encarcelado, deportado, ahorcado.

En tiempo de los Soviets, por el mismo crimen se es encarcelado, deportado... Oh, sí, hay un cambio: ya no se es ahorcado... se es fusilado... en nombre del proletariado en lugar de serlo en nombre del zar.

Yo soy tal vez difícil de contentar, pero no me gusta más ser fusilado que ser ahorcado; sea en nombre del proletariado, sea en nombre del zar,

del rey o de un presidente cualquiera o de no importa qué otro tipo.

Es inútil hacer la defensa de una revolución para llegar a semejante monstruosidad: que aquellos que tienen real interés en la emancipación del proletariado son encarcelados o fusilados en nombre de ese mismo proletariado.

Lo que yo quiero es tener el derecho a decir lo que pienso, a ejercitar mis facultades, a disfrutar del producto de mi actividad en la medida de las disponibilidades, y eso para todos mis semejantes.

Bajo el régimen burgués, he sido encarcelado en varias ocasiones. Incluso se intentó enviarme al presidio por haber proclamado eso, pero no ha sido todavía fusilado. Puedo continuar expresando lo que pienso.

En Rusia, por haber querido ejercer ese mismo derecho, gran cantidad de nuestros camaradas están en la cárcel o han sido fusilados.

No hablo de los que podrían haber conspirado o haber realizado algún acto de agresión contra el régimen que reemplazó al zarismo.

Todo gobierno, cualquiera que sea, con cualquier etiqueta que se revista, no tolerará que se intente derribarlo. Eso entra demasiado en el orden de las cosas para que nos ofusquemos por eso. Al dar los golpes estamos dispuestos a recibir los contragolpes.

Pero el gobierno soviético no se ha contentado con encarcelar o fusilar a los que habrían podido intentar derribarlo, encarcelan y fusilan por delito de opinión a los que se rehusan a aprobar sus medidas arbitrarias e injustas.

Una vez más ¿qué ha cambiado en relación con el régimen zarista o con no importa qué régimen político burgués.

La misma arbitrariedad, la misma ferocidad de la represión, la misma centralización burocrática, el mismo terror policial.

El que los que establecieron ese régimen fueran sinceros me cuesta trabajo creerlo, pero lo acepto. ¿Hace eso más aceptable la opresión, menos nefasta, menos opresiva?

**2** **3**  
**SOLOS** **SOLOS**

**JOHANN MOST**  
**LA VIDA DE UN REBELDE**  
**por RUDOLF ROCKER**  
**PRÓLOGO DE ALEJANDRO BIRKMAN**

En los políticos burgueses que nos explotan, que nos oprimen, se encuentran, sin duda, quienes creen trabajar en pro de la dicha común, y defender un orden de cosas favorable a todos, que no puede ser de otro modo. ¿Debemos aceptar tontamente su opresión?

Evidentemente, no. Hay que combatirlos como a los otros, puesto que el resultado de su acción es el mismo.

Yo agregaría incluso que no hay nada más intolerante, más feróz que un dirigente que cree tener razón, que piensa habernos traído el oro y

el moro y se ve combatir. Ved a Rusia.

Prefiero al despreocupado que, en caso de necesidad, para conservar su puesto, sabe hacer las necesarias concesiones.

Y he ahí, querido camarada, cómo al acusarme de combatir al comunismo, incurre en una falsedad.

Combato a gentes que — sinceras o no — se han apoderado de una etiqueta para culminar en la defensa del régimen que tienen la pretensión de querer destruir.

Cordialmente.

## Guilda de Amigos del Libro

La Guilda de los amigos del Libro es ya un hecho. Apenas hace un mes que están en circulación los carnets para la inscripción de miembros y ya se alcanzó aproximadamente la mitad de la cifra que habíamos considerado como fundamental para realizar sin tropiezos nuestro programa de ediciones. En pocos meses más tendremos el número de socios necesarios para que la obra cultural emprendida se desarrolle según nuestros deseos y los deseos de todos los anarquistas.

Sin esperar más, podemos decir que el libro anarquista tiene muchos amigos, muchos lectores, dentro y fuera de nuestro movimiento; la libertad perseguida y amordazada como nunca, sigue siendo el ideal de una buena parte de la población y se refugia en el libro. Y del libro volverá otra vez a la vida práctica, a la lucha cotidiana, porque no se concibe una firme convicción sin la pasión realizadora y proselitista. En una palabra, sin menospreciar ningún otro medio de lucha, los que esgrimen el libro contra el presente régimen de privilegios e injusticias, llenan un vacío indudable. La Guilda de amigos del Libro está en marcha, confiada en la bondad de la idea que le sirve de base, apelando a todos los simpatizantes de la cultura revolucionaria.

### NUEVAS ADHESIONES.—

Entre las nuevas adhesiones de organismos colectivos figuran: Metalúrgicos Unidos (Capital); Comité Pro Escuelas Racionalistas (Capital); Biblioteca "Amor y Libertad" (Tres Arroyos); Biblioteca popular "Darwin" (Valentín Alsina); Obreros Panaderos (Jujuy); Soc. de obreros panaderos (La Rioja); Soc. Obreros ladrilleros (Juárez); Biblioteca "Sacco y Vanzetti" (Juárez).

Hay unos 700 carnets distribuidos; de ellos fueron colocados alrededor de 500.

En la Capital hay 200 socios, en Rosario 36, en Bahía Blanca 15, en Santa Fe 16, en Bell Ville 11, en Temperley 6, en Morón 25, en Bolívar 6, en Jujuy 11, en Córdoba 20, en Añatuya 5 etc., etcétera.

En muchas localidades todavía no hay agentes para la cobranza y colocación de los carnets de miembros, pero poco a poco se va extendiendo la Guilda por todas las provincias.

### REPARTO DE LIBROS.—

cuadernación de "Temas Subversivos", hemos re-

suelto invitar a los compañeros asociados a elegir de entre los libros que mencionamos a continuación el lote que deseen para suplir el volumen prometido para el mes de enero:

- Lote 1.º Sebastián Faure: *Mi Comunismo*.
- „ 2.º Rudolf Rocker: *Johann Most, la vida de un rebelde*, 1 tomo.
- „ 3.º Bakunin: *Obras completas*, 1 tomo.
- „ 4.º M. Nettlau: *Errico Malatesta, la vida de un anarquista*.
- „ 5.º M. Nettlau: *M. Bakunin, la Internacional y la Alianza en España*. — J. Dejacques: *El Humanisferio, utopía*. — E. Malatesta: *La Anarquía*.
- „ 6.º Upton Sinclair: *Los envenenadores de Chicago*. — R. Rocker: *La maldición del practicismo*.
- „ 7.º R. Rocker: *Ideología y táctica del movimiento obrero*.
- „ 8.º E. López Arango y D. A. de Santillán: *El anarquismo en el movimiento obrero*. — E. Malatesta: *En el Café*.

Cualquiera de esos lotes se remitirá a los camaradas que hayan satisfecho ya la primera cuota.

Se ruega a los socios que recuerden el envío de 20 centavos en estampillas para el certificado, a fin de evitar pérdidas. En las localidades donde hay agentes, éstos se encargarán de remitirnos la lista de los pedidos y de distribuir los libros entre los interesados.

En breve comenzaremos a distribuir "Temas Subversivos" para los socios que hayan cotizado el mes en curso.

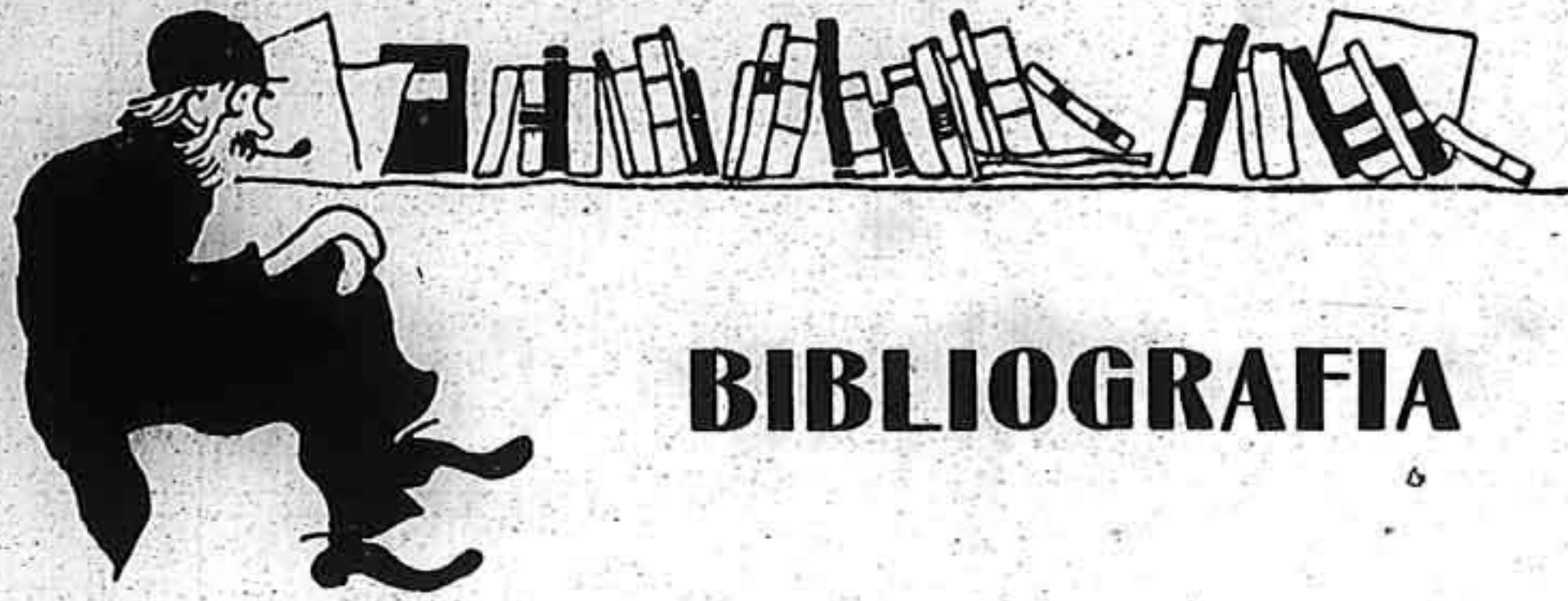
NOTA. — A los agentes y cobradores de la Guilda se les encarece, al hacer entrega de los libros, inutilizar las estampillas correspondientes, con su firma o de cualquier otro modo.

También es conveniente hacer llegar a esta secretaría el número del carnet, con el nombre y la dirección de cada socio, a fin de enviarles directamente circulares y demás materiales de propaganda.

Los libros no se remitirán más que a los socios que hayan cotizado previamente.

Toda correspondencia, hasta nuevo aviso, a Benigno Mancebo, Perú 1537, Buenos Aires.





## BIBLIOGRAFIA

Carlos Alberto Leumann. — *La Iglesia y el hombre*. 240 páginas en 8°. Librería El Ateneo, Buenos Aires, 1927.

Carlos Alberto Leumann es uno de los escritores de la nueva generación más dignos de leerse, pues no es de los que escriben por el simple hábito o la vanidad de escribir. Tiene siempre algo que decirnos, y que decirnoslo bellamente, con la novela o con el ensayo.

El presente libro "La Iglesia y el Hombre" ha nacido como otro que nos promete para dentro de breve tiempo, "La Madre de Jesús", de un bochornoso episodio, sumamente significativo de la mentalidad fascista que va invadiendo este país. ¿Quién no recuerda aquel cuento del suplemento literario de "La Nación", de abril del año pasado, "La madre de Jesús"? Intervinieron las damas católicas, el arzobispo de Buenos Aires, se proyectaron misas de desagravio, se publicaron circulares de protesta, etc., etc. Y el director de *La Nación* se apresuró a presentar sus excusas y a comunicar al arzobispo que el autor del cuento, Carlos Alberto Leumann, quedaba fuera del diario, de esa "tribuna de doctrina" en donde propicia el fascismo un Leopoldo Lugones. El presente libro de Leumann, como hemos dicho, nació de ese episodio y casi, casi podríamos dar por bien venido el triste acontecimiento a causa de esta repercusión y de la no menos interesante que le seguirá.

La tesis que sostiene el autor se resume en las siguientes líneas: "La Iglesia durante siglos fué superior, infinitamente superior al hombre, esclarecía su espíritu, y aun lo transfiguraba; se hizo después a la imagen común del hombre, se igualó a sus pasiones, fué mala y buena, se iluminaba y se entenebrecía, palpitaba con el antiguo corazón de las gentes, alternativamente creaba y destruía; finalmente, renunciando a su alma en estos últimos tiempos, y excesivamente pega-

da a la tierra, se fué haciendo peor que los hombres".

Y el autor, a la luz de una exégesis psicológica más bien que histórica y teológica, nos demuestra que la Iglesia es peor que el hombre.

Nosotros hemos dejado ya a un lado la propaganda anticlerical; no porque pensemos de otro modo, sino por considerar que la Iglesia está suficientemente desprestigiada y porque creemos que todo en la vida moderna conspira contra las religiones positivas. Sin embargo asistimos a una resurrección del poder de la iglesia en casi todos los países, por encarnar justamente los intereses de la reacción. La lucha contra ese poder es siempre útil, siempre necesaria. Y si Leumann se convierte en un paladín de esa lucha, como lo hace en el libro que comentamos, hay que agradecer al infeliz suceso de su cuento en "La Nación" el haber dado el impulso.

Federica Montseny. — *El hijo de Clara* (Segunda parte de "La Victoria"), Biblioteca de La Revista Blanca, 254 págs. Precio: 2.— pesetas. Barcelona, 1927.

Los que leyeron "La Victoria" leerán seguramente esta nueva novela de Federica Montseny, que es su segunda parte. Y la leerán advirtiendo nuevos progresos en la formación literaria de la autora, que tantas simpatías cuenta en nuestro movimiento, donde se le considera justamente como una esperanza promisoría. Un estilo llano y una hondura de conceptos cada vez más sugestiva nos hacen leer estas novelas. Tal vez pudiésemos hacer objeciones al exceso en la nota romántica, y puntualizar algunas deficiencias psicológicas. Pero son modalidades de una edad generosa que se corrigen por sí mismas. Nos interesa Federica Montseny como exponente literario de la nueva generación subversiva y al constatar sus méritos positivos y su evolución progresiva no podemos menos

de experimentar una grata sensación.

R. de Lafuente Marchain. — 1927. *Familias coloniales. Ascendientes americanos de la casa Primo de Rivera*. 24 págs. Publicaciones del Ateneo Iberoamericano.

Como el título lo indica, en este folleto se investiga la ascendencia, americana del dictador español Primo de Rivera, desde la época de Alonso Quielme de Guzmán, alguacil mayor del Río de la Plata, hasta Juana de Sobremonte, hija del virrey de Buenos Aires, abuela del actual marqués de Estella. ¡Qué honor para la familia!

*Anuario Socialista*, 1928, 296 págs. gr. 8.º Ed. "La Vanguardia", Buenos Aires.

Interrumpido el viejo almanaque socialista a causa de la escisión de los independientes, el viejo partido ha encomendado a Angel M. Giménez y a Juan Antonio Solari la confección de un anuario, cuyo primer número tenemos a la vista. Consta de un nutrido material informativo general y especial sobre el socialismo, estadísticas, pensamientos escogidos, literatura, legislación obrera, etc., etc. Una recopilación instructiva, amena y útil a la que deseamos larga vida, no obstante el tono despectivo con que alguno de sus colaboradores trata nuestro movimiento. Abundan también grabados artísticos, fotografías de socialistas prominentes, etc. En resumen, en la escasa bibliografía socialista de este país, algo que no está demás.

José María Borrero: *La Patagonia trágica*. Primera parte. Asesinatos, piratería y esclavitud. Buenos Aires, 306 páginas. Precio, 2.50. Pedidos a esta administración.

El señor José María Borrero es un periodista que ha estado en contacto con la sociedad obrera de Río Gallegos antes de la masacre del teniente coronel Varela; tuvo que su-

frir más de un contratiempo en manos de la política mazorquera de aquel lejano territorio por su defensa de los trabajadores. Vió muchas cosas en aquellos días trágicos y tiene algo que decir de su experiencia sobre un momento inolvidable de la historia proletaria de este país. Fruto de una parte de lo que tiene que decir es este libro, al que promete hacer seguir otro titulado: "Orgía de sangre", que esperamos con impaciencia. Tal vez no coincidamos siempre en la apreciación de determinado fenómeno, ni veamos del mismo modo la intervención del teniente coronel Varela y la docilidad del presidente Irigoyen a los ganaderos del Sud, pero, de cualquier modo, la narración que hará de la gran huelga patagónica, a juzgar por este primer volumen, merecerá una atenta lectura de todos los que han seguido la memorable tragedia.

Los patriotas de profesión harían bien en leer este libro y el que seguirá. Contribuyen a descubrir la verdadera patria, la de los negreros que explotan la riqueza de la Patagonia, manteniendo a los trabajadores, nativos y extranje-

ros, en condiciones que hacen suspirar por los tiempos de la esclavitud. Recordando el gesto de Wilckens, en enero de 1923, decíamos en el número pasado que valdría la pena recapitular un día la lección de la tragedia patagónica y sus consecuencias. El señor Borrero nos da aquí interesantes materiales. Aunque con otras palabras, todo el contenido del libro se halla confirmado por descripciones de otras fuentes recogidas en nuestro diario de 1921-23; si es que nuestras acusaciones no han querido ser examinadas; suponiendo que exageráramos por ser anarquistas, ahora vuelve a decir lo mismo que hemos dicho nosotros un hombre que no es sospechoso de anarquismo. Desafiemos a los patriotas de la marca de Manuel Carlés a refutar las afirmaciones de este libro, a probarnos que la huelga de la Patagonia de 1921 no fué un fruto natural de la explotación inhumana y salvaje de que se hacía víctimas a los trabajadores de aquellos feudos; les desafiemos a que priven de esa manera al acto de Kurt Wilckens de la gran significación humana que tiene ante el presente y ante el por-

venir. Las páginas de este libro, que hablan de cosas del lejano sur, evocan, sin quererlo y sin nombrarlo, al mártir asesinado la noche del 15 al 16 de junio de 1923 en la prisión nacional de Buenos Aires.

Pablo Berthelot: *El evangelio de la hora*. 30 págs. Ed. La Pampa Libre, General Pico, 1927.

La voz de las víctimas de Dedham: Sacco y Vanzetti. Ed. Centro Libertario, Los Angeles, Cal. 24 págs.

NUEVOS PERIODICOS.— *L'allarme*, foglio anarquico di propaganda e d'agitazione. Buenos Aires, el primer número es del 25 de enero de 1928. Sustituye a "Il Pensiero", del cual aparecieron 10 números. Dirección: Algo Aguzzi, Poste Restante, sucursal 13. Buenos Aires.

*La lucha*, órgano de tendencias sindicales moscovitas., Heredia, Costa Rica; el primer número es del 12 de octubre de 1927.

*Ahora*, quincenario, arte-crítica. Rosario, febrero 4 de 1928, primer número. (R. L. Rois, Córdoba 595. Rosario).

*Adelante!*, Huarochiri, febrero de 1928 (año IV, número 22), Perú.

## UNA OBRA DE INFORMACION Y DE CULTURA REVOLUCIONARIA

"La Protesta,"

Diario de la mañana

Fundado en 1897

La actitud de los anarquistas ante los diversos problemas económicos, políticos y sociales cotidianos. Informaciones directas sobre el movimiento obrero revolucionario del país y del extranjero. Colaboradores en los diversos países.

El número suelto. 0.10 ctvos.  
Suscripción mensual: \$ 2.50.  
Suscripción trimestral incluido el SUPLEMENTO: \$ 7.50.

LA PROTESTA EDITORIAL

SUPLEMENTO QUINCENAL

Fundado en 1921

Concreta en sus 32 páginas el pensamiento anarquista internacional. Los más brillantes escritores del anarquismo colaboran en él. Publicación de historia, crítica y exposición de las ideas anarquistas. Literatura, arte, resumen bibliográfico. Si no conoce esta revista, pida un número de prueba, que se le enviará gratis.

El número suelto: 0.20 ctvos.  
Suscripción trimestral: 1.50; anual, 5 \$.—

"La Protesta"  
Fundada en 1922

Una obra de cultura revolucionaria y no una empresa comercial. Es el primer ensayo anarquista para la edición sistemática de la propia literatura.

Todo obrero deseoso de cultivar su espíritu encontrará en nuestras ediciones algo que le interesará.— Solicitenses catálogos. Se atiende cualquier pedido de libros y folletos.

Correspondencia administrativa a nombre de Mariano Torrente:  
calle Perú 1537 — Buenos Aires (Argentina)



# EDITORIAL "LA PROTESTA"

## HISTORIA

M. Nettlau.—

*Miguel Bakunin, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873).* — 132 páginas en 8.º mayor, 1925, \$ 0.50

Edición especial en papel pluma, \$ 1.  
Encuadernado en tela, \$ 2.50.

*Errico Malatesta, la vida de un anarquista.* — Trad. de D. A. de Santillán. 262 págs. en 8.º, 1923, \$ 1.20.

Edición espec. papel pluma, \$ 2.—  
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

*Fernand Pelloutier y el sindicalismo.*— 44 págs., 1927, \$ 0.15.

Rocker Rudolf.—

*Johann Most, la vida de un rebelde.*— Prólogo de A. Berkman. 2 tomos de 350 páginas cada uno, precio de cada tomo \$ 1.50.

Rudenko.—

*En Ucrania.* — La sublevación popular y anarquista — Trad. del ruso por J. Company, 1922, \$ 0.15.

Gillaume J.—

*Miguel Bakunin.* — Noticias biográficas, 42 págs., 1924, \$ 0.20.

## FILOSOFIA DEL ANARQUISMO

Obras completas de Bakunin Miguel

*I La Revolución Social en Francia,* tomo primero. Prólogo de M. Nettlau, trad. de D. A. de Santillán. Un vol. de 329 págs., 1924.

*II La revolución social en Francia.*— tomo segundo, prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs., 1925.

*III Consideraciones filosóficas.*— Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs., 1920.

Precio . . . . . \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela . . . \$ 3.50 c/u.

(La serie continúa)

Malatesta Errico.—

*Anarquía.* — 48 págs., 1927, \$ 0.20.

*En el café.*— Trad. de D. A. de Santillán, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., 1926 \$ 0.30.

Kropotkin P.—

*Conferencias. I.* — *El Estado, su rol histórico. El Estado moderno.*— Un vol. de 146 págs., 1923, \$ 0.50.

Encuadernado en tela \$ 1.50.

Fabbri L.—

*Cartas a una mujer sobre la anarquía.*— Un tomo de 110 págs., 1923, \$ 0.50.

*Influencias burguesas sobre el anarquismo.* — 48 págs., \$ 0.20.

C. Lombroso y R. Mella.—

*Los anarquistas (Estudio y réplica)*— 166 págs., \$ 1.—

## ANTIMILITARISMO

### ANTINACIONALISMO

Bureau Internacional antimilitarista

Protocolo oficial de la conferencia celebrada del 2 al 4 de agosto de 1926 en Berlín. 8 páginas en folio, \$ 0.10.

E. Nido, R. Rocker y Nemo.—

*Nacionalismo y anarquismo.*— 64 págs., 1927, \$ 0.20.

## UTOPIAS LIBERTARIAS

Faure Sebastián.—

*Mi comunismo (La felicidad universal).* — Un vol. de 432 págs., 1922, \$ 2.  
Encuadernado en tela, \$ 3.50.

J. Dejacque.—

*El Humanisferio.* — Un vol. de 142 páginas. Prólogo de M. Nettlau y Eliseo Reclus, 1927, \$ 0.50.

## FOLLETOS DE PROPAGANDA GENERAL

E. Reclus

*A mi hermano el campesino.* — \$ 0.10.

Crusao Juan.—

*Carta Gaucha.* — 6.ª edición, 30 págs., 1924, \$ 0.10.

Abad de Santillán D.—

*La jornada de seis horas.* — Sobre el desenvolvimiento técnico y su influencia en el mercado del trabajo. — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Rudolf Rocker.—

*La maldición del practicismo.* — 32 págs., 1926, \$ 0.10.

Souchy Agustín.—

*La Ucrania revolucionaria.* (Resultado de un viaje de estudio desde abril a octubre de 1920). — Un vol. de 62 págs., 1922, \$ 0.30.

P. Kropotkin.—

*A los jóvenes.* — 28 págs., 1926, \$ 0.10.

Faure S.—

*La falsa redención.* — \$ 0.10

*La dictadura y la burguesía.*—\$ 0.10

*La podredumbre parlamentaria.*—\$ 0.10

*La patria de los ricos.* — \$ 0.10.

Radowitzky S.—

*La voz de mi conciencia.* — 16 págs., \$ 0.10.

## VARIOS

*Certamen Internacional de "La Protesta".* — 160 págs. 4.º, 1927, encuadernado en tela, \$ 2.—

*Almanaque de "La Protesta" para 1927.* — 160 págs. precio \$ 0.50